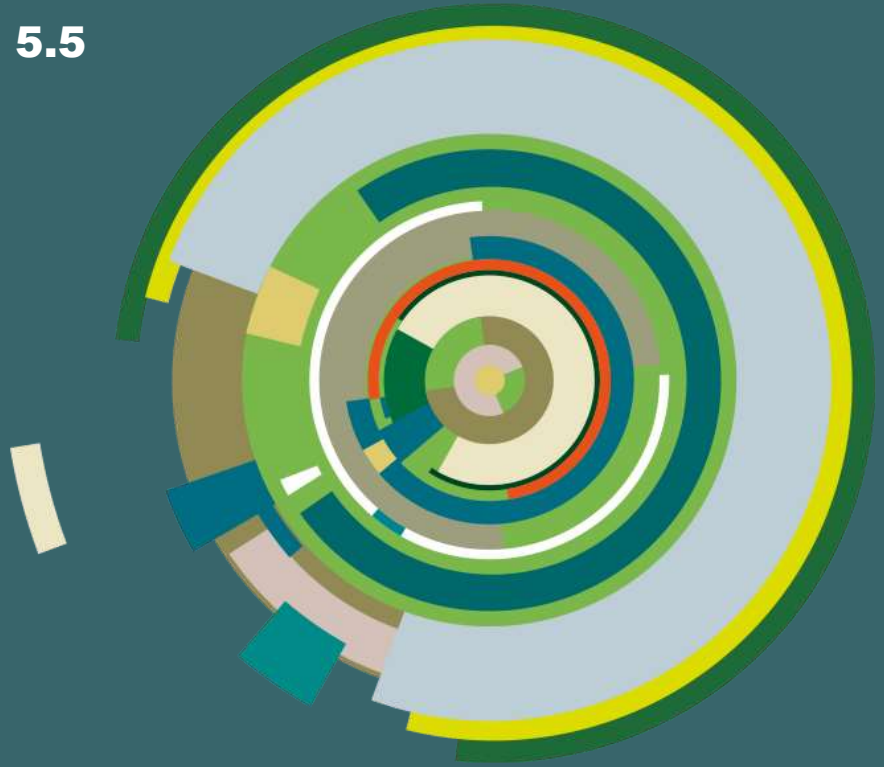


Documento de trabajo 5.5



Capital social y cultural en España

Análisis de tendencias y transformaciones en el periodo 2013 - 2018

Germán Jaraiz Arroyo

Universidad Pablo de Olavide

Rosalía Mota López

Universidad Pontificia de Comillas



FUNDACIÓN FOESSA
FOMENTO DE ESTUDIOS SOCIALES
Y DE SOCIOLOGÍA APLICADA

SUMARIO

Introducción

1. Capital primario: relaciones y apoyos (2007-2018)
2. Efectos sobre la participación política y asociativa
3. Conclusiones
4. Referencias bibliográficas

Introducción

En este *paper* partimos de una idea definida de capital social. Entendemos el mismo como el conjunto de disposiciones, actitudes y relaciones de confianza, participación y solidaridad que ayudan al desarrollo personal y colectivo de la sociedad. Esta es una concepción alineada con el enfoque que se ha dado a esta cuestión en los anteriores *Informes FOESSA* (2008 y 2014).

Desde una mirada global, los estudios sobre capital social se han orientado hacia dos grandes enfoques. Por un lado, se ha primado la utilidad del mismo como factor con capacidad de incidencia en el desarrollo de los grupos sociales, comunidades y sociedades (Putnam, 1993; Portes, 1998, etc.). Por otro, ha sido considerado un factor crítico en las dinámicas de reproducción y movilidad social (Bourdieu, 1986; Zucker, 1986, etc.). En un intento de dialógica entre ambas tendencias podemos señalar que los capitales sociales son, esencialmente, recursos que pueden ejercer influencias diferentes, promotoras o bloqueantes, de la cohesión social, movilidad y/o desarrollo.

Es en los contextos críticos, en los escenarios de crisis en sentido general, en donde se hacen estratégicos determinados resortes no estrictamente tangibles (no económicos, ni materiales), que faciliten la activación de procesos de innovación, emprendimiento personal y colectivo... (Algezai, 2010). El desarrollo de estos resortes está relacionado con la densidad de las relaciones en una sociedad, con las dinámicas de confianza y con la conexión entre esta sociedad y sus instituciones (Omstrom & Khan, 2003), en definitiva, con las cuestiones de capital social.

Estos dinamismos se expresan esencialmente en dos grandes esferas relacionales. La primera, que aquí llamaremos de *capitales sociales primarios*, se refiere a la densidad y calidad de las relaciones en el ámbito más próximo a los sujetos, de modo especial, a las relaciones familiares, amicales, vecinales y en el ámbito de trabajo. La segunda esfera, la de *capitales sociales secundarios*, atiende a la relación de participación y confianza de los sujetos con sus entramados institucionales y asociativos. Ambas dimensiones pueden tener una mayor o menor capacidad de conexión mutua y de retroalimentación.

Tradicionalmente nuestra sociedad, como otras sociedades mediterráneas, se ha caracterizado por una relevante densidad de relaciones en la esfera primaria y paradójicamente, por una baja densidad respecto a la sociedad civil organizada (Flaquer, 2004).

Esta dualidad quedó patente en el *VII Informe FOESSA*. En el mismo constatábamos cómo, en el contexto de la crisis, se habían reforzado los dinamismos de *capital social primario*, de modo especial en lo relativo a las relaciones familiares, amicales y vecinales. El refuerzo de los *capitales primarios* tenía como única excepción el debilitamiento relacional en el ámbito laboral. Entendíamos entonces que el fortalecimiento de estos resortes en la esfera primaria había ejercido un papel crucial como amortiguador de los efectos sociales y también políticos de las crisis.

Sin embargo, en la esfera secundaria, era observable una erosión de las relaciones y del sentimiento de confianza en los ámbitos de participación política, en la democracia y de participación asociativa. Esta tendencia contrastaba con el proceso previo a la crisis, donde podían observarse algunos signos de fortalecimiento de esta dimensión cívica, especialmente por el incremento de los niveles de asociacionismo. Pero la dinámica de convergencia quedó agotada tras la crisis, tal y como se detalla en el *VII Informe FOESSA (2014)*, implantándose en el periodo 2007-2013 una tendencia a la reducción de los vínculos asociativos y de las relaciones de confianza respecto a las instituciones.

En el *VII Informe* señalábamos también que, de modo paralelo a este proceso de retraimiento de la participación asociativa y la confianza institucional, eran apreciables algunas iniciativas de innovación social que parecían encerrar energías renovadoras de los dinamismos de capital social. Desde el análisis de los datos de la *Encuesta FOESSA 2013* y desde el estudio cualitativo de una red de estos nuevos fenómenos (iniciativas de auto organizaciones vecinal, bancos de tiempo, monedas sociales, redes de intercambios horizontal...), apuntábamos como hipótesis que, si emergía un contexto de recuperación sólido, estas nuevas formas podían ejercer de *lanzadera* y al mismo tiempo contribuir a la renovación de determinados formatos de capital social.

Desde esta posición, este *paper* pretende describir el efecto de esta tendencia. Para ello se centra, principalmente, en el contraste de la evolución de aquellas variables de las *Encuesta FOESSA* que permiten testar los cambios y tendencias respecto al capital social. Para ello nos centraremos en el capítulo primero en la descripción y estudio de aquellas variables relacionadas con el ámbito de relaciones primarias y en el capítulo segundo al estudio de los variables que nos aportan información sobre las relaciones asociativas e institucionales.

Como idea general podemos adelantar que el análisis de los datos no permite afirmar que las mejoras en el ámbito económico y de empleo hayan tenido un impacto de fortalecimiento de los aspectos de capital social. Los datos ponen de manifiesto cómo, en el periodo 2013-2018, los dinamismos en torno al capital social primario mantienen una cierta capacidad de resistencia, si bien se intensifican ciertos síntomas de agotamiento (que ya fueron anticipados en el *VII Informe*). Este agotamiento es especialmente perceptible en torno a las relaciones vecinales, sin duda el factor que sufre mayor erosión. Respecto a los *capitales sociales secundarios*, persiste la tendencia a la reducción de los niveles de asociacionismo y se mantienen altos niveles de insatisfacción con el funcionamiento institucional.

1. Capital primario: relaciones y apoyos (2007 – 2018)

Las relaciones primarias – entendiéndose como tales aquellas caracterizadas por fuertes lazos emocionales, cercanía e intimidad y que no se traducen en organizaciones estructuradas-, y la solidaridad informal –las prácticas de ayuda mutua que emanan de estos vínculos primarios-, constituyen una de las palancas fundamentales para el bienestar de las personas, junto con la seguridad económica, y el compromiso de las Administraciones públicas en el desarrollo de políticas económicas, fiscales, laborales y sociales que garanticen la inclusión de todos. Por otra parte, la falta de vínculos o conflictos relacionales, pueden ser factores que conduzcan a una menor capacidad de resistencia de los hogares a las situaciones de dificultad (Moreno y Marí Klose, 2013).

Los datos de las anteriores Encuestas FOESSA han puesto de manifiesto la resistencia y el papel protector del capital primario durante el periodo de crisis (Mota y Fantova, 2014). Nos mostraban una densidad relacional alta y diversa, capitalizada fundamentalmente en la red familiar y en el entorno vecinal y amical de las familias, poniéndose de manifiesto como la familia había sido una especial generadora de capital (Prandini, 2007). Entre 2007 y 2013 las relaciones familiares, vecinales y amicales se intensificaron todavía más de lo que ya estaban. Aumentaron el 18,2% las relaciones con el círculo de familiares que no eran del hogar del encuestado, el 10,3% la relación diaria con amigos y un 6% las relaciones frecuentes con vecinos.

Por su parte, el tejido recíproco de ayuda y cuidado se sostuvo durante la crisis. Siete de cada diez personas decían que les habían ayudado y les ayudaban cuando tenían problemas, y esta tendencia no había variado entre 2007 y 2013. Seis de cada diez personas prestaban apoyo a otras personas, y esta provisión de apoyo había aumentado su peso relativo desde el 2007. Se redujo a la mitad el peso relativo de las personas que no convivían con nadie, reflejando una estrategia principalmente de reagrupación familiar ante las dificultades. Las personas pobres eran también un soporte significativo: en 2013 la mitad ayudaban a otras personas en sus momentos de dificultad.

En definitiva, durante los años de crisis las familias, los amigos y el vecindario sostuvieron una notoria capacidad de interacción y apoyo, cumpliendo con las expectativas que en la crisis repuntaron hacia la familia y redes próximas como proveedoras de apoyo (Meil, 2011; Vidal, 2011). La solidaridad familiar es uno de los rasgos fundamentales del capital social y cultural de los regímenes mediterráneos de bienestar (Aliena, 2012). En nuestro país este capital familiar está en mayor medida en manos de las generaciones más mayores, proveedoras netas de ayuda y solidaridad intrafamiliar e intergeneracional, papel que se ha acentuado de forma muy relevante durante los años de crisis (Alfama, Cruells y Ezquerra, 2014). Se han producido estrategias de reagrupación familiar en hogares encabezados por personas mayores, en las que las pensiones han prevenido la caída a situaciones de exclusión severa (Martínez, 2014). Una capitalización social posibilitada, entre otros factores, por el aumento de la esperanza de vida de nuestra población, pero también por la estabilidad de las pensiones como fuente de ingresos para los hogares, frente a los ingresos irregulares por el empleo o el agotamiento de las prestaciones por desempleo no contributivas.

Sin embargo, en el contexto del proceso de individualización, se perciben cambios

estructurales y culturales en las familias y redes primarias que ponen a prueba la capacidad de relación y de ayuda de estos vínculos. El tamaño de la red familiar está disminuyendo. El paulatino descenso de la fecundidad está reduciendo el número de hermanos de generación en generación. Resulta también evidente el impacto que está teniendo el alargamiento de la vida en el incremento de la necesidad de cuidados, precisamente en el momento en el que los cambios en la estructura y dinámica de las familias, y los efectos de la crisis, tensionan los recursos de los que disponen para ayudar a otros. Por otra parte, el desempleo no solo crea inseguridad económica, sino que también restringe el espacio relacional de las personas.

¿Dónde estaban en 2013 los riesgos en el capital primario? Nos encontrábamos con que dos de cada diez hogares vivían solos, y por tanto no disponían de los vínculos y ayuda de mayor proximidad. Además, su peso relativo había aumentado durante los años de crisis. La proporción de hogares que tenían relaciones diarias con compañeros de trabajo había disminuido entre 2007 y 2013 un 37%. La pobreza desvinculaba del vecindario: el porcentaje de hogares pobres sin relación con los vecinos era mayor que el de los hogares no pobres. Las personas pobres estaban también más aisladas socialmente respecto al ámbito laboral. Se relacionaban menos diariamente con compañeros de trabajo, y más declaraban no poder responder a esta pregunta porque no tenían. Eran los hogares en situaciones de exclusión social más severas, las familias españolas gitanas y aquellas que vivían en entornos más degradados, los que se veían más afectados por conflictos familiares extremos.

Por último, parecían apuntarse también ciertas dificultades en la capacidad de prestar soporte y apoyo a terceros. Según los datos de la Encuesta FOESSA 2013 se había reducido un punto porcentual el peso relativo de personas que ayudaron antes (siete de cada diez) comparado con el de los que lo hacían en ese momento (seis de cada diez). También parecía estar produciéndose una cierta tendencia para las personas pobres de pérdida de apoyo y cuidados. El porcentaje de personas pobres que fueron ayudadas en el pasado frente a las que en 2013 recibían ayuda había descendido (del 75% al 66%).

Diferentes estudios han constatado que, tras varios años de crisis económica, la solidaridad informal comienza a mostrar ciertos síntomas de sobrecarga y agotamiento, que de mantenerse podrían convertirse en un factor de exclusión (Laparra y Pérez, 2012; Lasheras y Martínez, 2013; Laparra, 2014; Martínez 2017). Se ha destacado el crecimiento de conflictos interpersonales en situaciones de reagrupamiento familiar, que generan convivencias familiares o barriales no deseadas (Martínez y García, 2012). La ayuda económica prolongada a otros hogares puede generar un riesgo de vulnerabilidad importante, cuando se ha debilitado la capacidad de ahorrar, el ahorro acumulado, y la capacidad para resistir de la red de protección familiar (Comité Técnico de la Fundación FOESSA, 2017). Por otra parte, el hecho de que nuestro valioso capital relacional esté en buena medida en manos de personas mayores ya supone un cierto riesgo de descapitalización.

El objetivo de este apartado es describir y valorar lo que ha ocurrido en nuestro entorno en relación con esta dimensión primaria del capital social, un lustro después de la finalización de la crisis. Se van a considerar en este sentido dos dimensiones claves. Por una parte, el capital relacional, el bienestar resultante de la conexión y participación en redes familiares, amicales y comunitarias informales. Por otra, la aportación efectiva de recursos o

atenciones, el apoyo social. Vamos a intentar ver en qué medida hay procesos de capitalización, descapitalización o recapitalización de los hogares, adoptando para ello la perspectiva longitudinal que nos permiten las sucesivas Encuestas de Integración Social y Necesidades Sociales de la Fundación FOESSA, la última realizada en 2018. Se recuperarán para ello evidencias y argumentos proporcionados en el trabajo ya citado de Mota y Fantova (2014), prestando especial atención a la descripción de los datos proporcionados por la última Encuesta.

1.1. La evolución del capital relacional tras la crisis

En este epígrafe se van a describir tres elementos del capital relacional de los hogares. En primer lugar, la frecuencia de la relación con miembros del hogar, otros familiares, amigos, vecinos y compañeros de trabajo. En segundo lugar, el impacto de las dificultades económicas en las relaciones sociales que mantienen. Por último, cómo son las relaciones con los vínculos más próximos. En un primer apartado se describirá la intensidad del capital relacional. La calidad de las relaciones será objeto de un segundo apartado.

1.1.1. La intensidad de las relaciones

La Encuesta FOESSA 2018 nos muestra un panorama de relaciones sociales próximas, muy frecuentes, y plurales (Tabla 1.1). Una gran mayoría de los hogares se relaciona diariamente o varias veces por semana con miembros del hogar (77,8%), con otros familiares (66,1%), con amigos (65,6%), y con vecinos (65,6%). La relación frecuente con compañeros de trabajo se reduce al 38,9%.

Tabla 1.1. Evolución de la frecuencia de las relaciones de los hogares españoles, 2007, 2013, y 2018 (%)

	2007	2013	2018
Frecuencia de relación con miembros del hogar			
No tiene relaciones	0,3	0,5	2,0
Diariamente /Varias veces por semana	81,7	79,5	77,8
Una vez por semana	0,3	0,2	1,4
Menos de una vez por semana	0,2	0,2	0,8
No tiene miembros del hogar / Vive solo	17,3	19,5	18,1
No sabe/No contesta	0,1	0,1	0,4
Frecuencia de relación con otros familiares			
No tiene relaciones	2,2	0,8	0,6
Diariamente/ Varias veces por semana	64,0	65,7	66,1
Una vez por semana	16,8	16,9	18,3
Menos de una vez por semana	24,3	15,3	14,2
No tiene familiares con los que no vive	0,9	1,1	0,8

No sabe/No contesta	1,8	0,2	0,4
Frecuencia de relación con amigos			
No tiene relaciones	1,2	0,9	0,5
Diariamente / Varias veces por semana	60,9	68,3	65,6
Una vez por semana	21,3	16,9	23,3
Menos de una vez por semana	15,8	12,5	10,0
No tiene amigos	0,3	1,2	0,5
No sabe/No contesta	0,6	0,2	0,4
Frecuencia de relación con vecindario			
No tiene relaciones	8,0	4,1	4,1
Diariamente / Varias veces por semana	72,6	78,6	65,6
Una vez por semana	8,4	7,7	16,9
Menos de una vez por semana	8,9	8,4	12,3
No tiene vecinos	1,2	0,8	1,1
No sabe/No contesta	0,9	0,4	0,5
Frecuencia de relación con compañeros de trabajo			
No tiene relaciones	1,8	0,3	1,0
Diariamente / Varias veces por semana	42,4	28,2	38,9
Una vez por semana	1,8	0,6	2,2
Menos de una vez por semana	1,9	0,9	4,7
No tiene compañeros de trabajo	51,4	69,7	53,2
No sabe/No contesta	0,8	0,4	0,9

Fuente: Encuestas FOESSA 2007, 2013 y 2018.

Si se considera la evolución en el tiempo de este capital relacional se pone de manifiesto una tendencia a la baja, aunque ligera, en la frecuencia de las relaciones dentro de los propios hogares y con amigos. Entre 2013 y 2018 desciende en dos puntos porcentuales el peso relativo de los hogares que se relacionan diariamente o varias veces a la semana con personas con las que se convive (del 79,5% al 77,8%), y en tres puntos porcentuales los hogares que se relacionan con amigos (del 68,3% al 65,6%). Las relaciones muy frecuentes con otros familiares se mantienen. Por otra parte, el peso relativo de los hogares que se relacionan solo una vez por semana aumenta en estos vínculos, produciéndose un desplazamiento a la baja en la frecuencia de las relaciones.

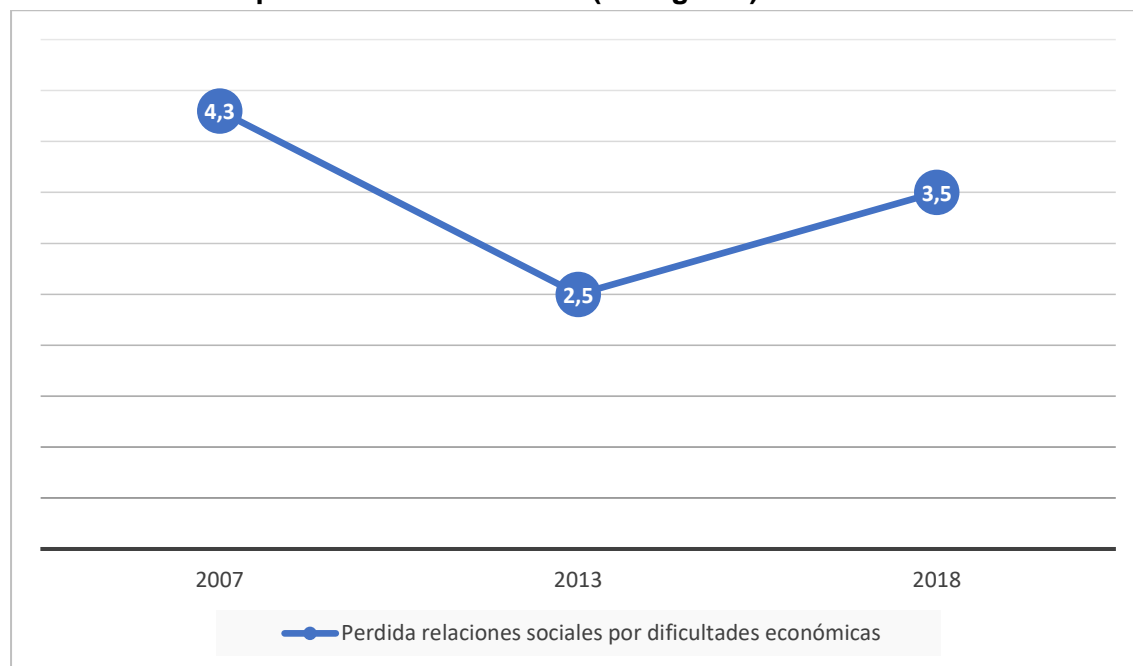
En definitiva, se puede decir que las relaciones familiares y amicales se sostienen en el tiempo, pero relajando en cierto modo su intensidad. Aunque pequeño en términos relativos, es destacable el crecimiento que experimentan las situaciones de aislamiento respecto de las personas con las que se convive. Con los datos de 2018 un 2% de hogares dice no tener relaciones entre los miembros del hogar, el porcentaje más alto en relación con el resto de figuras y el único caso, junto con el de los compañeros de trabajo, en el que esta circunstancia gana importancia relativa.

Es claramente preocupante la descapitalización social que se está produciendo en relación con el vecindario. Mientras que durante los años de crisis el peso relativo de los hogares con relaciones diarias o de varias veces a la semana con sus vecinos creció (del 72,6% en 2007 al 78,6% en 2013), representando en 2013 el segundo ámbito fundamental de relaciones, tras ella desciende en trece puntos porcentuales (65,6%). Aumenta también de forma constante a lo largo del tiempo el peso relativo de los hogares con menor frecuencia de relación, solo una vez por semana o menos de una vez por semana.

Por el contrario, se recuperan relaciones vinculadas con el empleo. Las relaciones con compañeros de trabajo se hacen más frecuentes entre 2013 y 2018. Aumenta en diez puntos porcentuales el porcentaje de hogares con relaciones diarias o varias veces a la semana con compañeros de trabajo, recuperándose de la depresión que el desempleo de los años de crisis causó. También se reduce el peso relativo de los hogares que no tienen compañeros de trabajo: del 69,7% en 2013 al 53,2% en 2018.

Los años de crisis parecen haber hecho a los hogares españoles menos resistentes al impacto de las dificultades económicas en su espacio relacional (Gráfico 1.1). En 2018 el peso relativo de los hogares que por dificultades económicas han perdido relaciones sociales habituales ha descendido – del 17,7% al 9,2% -, pero no se ha conseguido recuperar el dato anterior a los años de crisis (4,7%).

Gráfico. 1.1. Evolución de la pérdida de relaciones sociales habituales como consecuencia de problemas económicos (% hogares)



Fuente: Encuestas FOESSA 2007, 2013 y 2018.

Nos centramos ahora en la red de relaciones de las personas pobres. Para ello hemos resumido la variable de frecuencia de las relaciones en tres categorías: diariamente o varias veces por semana, no tiene relaciones, y no tiene esas figuras. Las personas pobres siguen disponiendo después de la crisis de una red familiar, amical y vecinal próxima. Más de la

mitad de los hogares pobres mantienen relaciones muy frecuentes (diarias o varias veces a la semana) con miembros de su hogar (80,2%), otros familiares con los que no conviven (63,6%), amigos (62,0%) y vecinos (65,5%), tal y como se puede ver en la Tabla 1.2. Sin embargo, son comparativamente menores los porcentajes de hogares pobres que se relacionan diariamente o varias veces a la semana con familiares, amigos y compañeros de trabajo, siendo la diferencia significativa en este último caso.

Tabla 1.2. Evolución de la frecuencia de relación de los hogares españoles según pobreza, 2013 y 2018 (%)

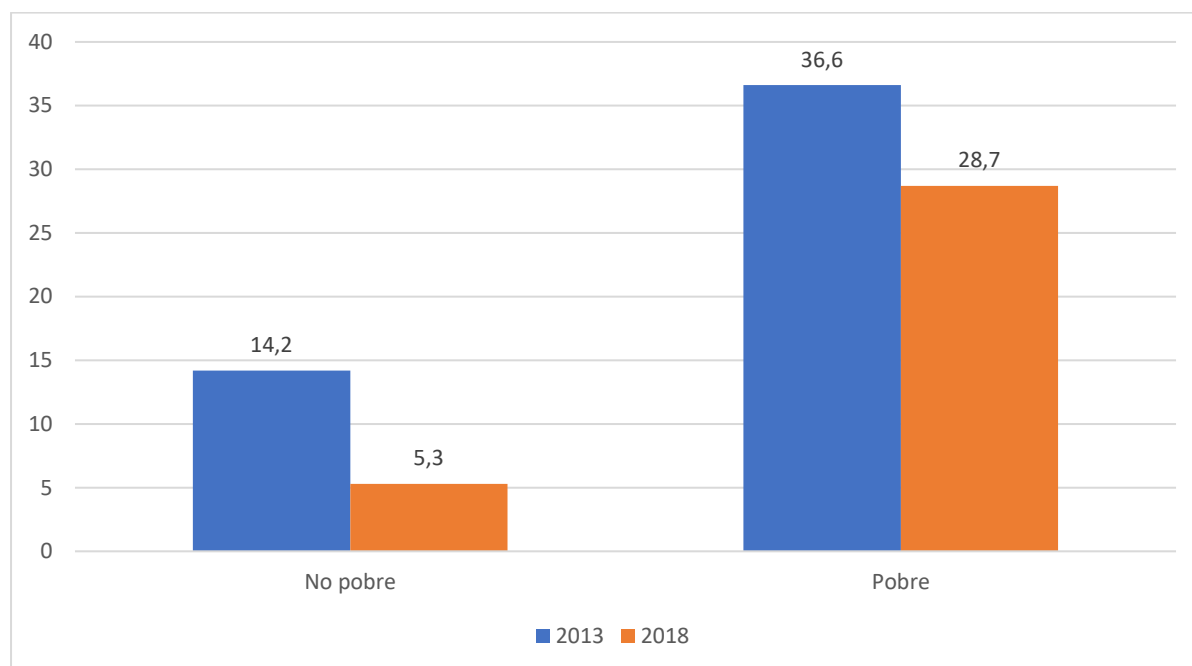
	2013		2018	
	No pobre	Pobre	No pobre	Pobre
Con miembros del hogar				
Diariamente/Varias veces por semana	75,9	86,6	77,0	80,2
No tiene relaciones	0,6	0,8	2,0	2,3
No tiene miembros del hogar/ Vive solo	23,2	11,6	18,8	15,8
Con otros familiares				
Diariamente /Varias veces por semana	66,5	62,0	67,1	63,6
No tiene relaciones	0,6	1,6	0,5	1,2
No tiene otros familiares con los que no vive	0,9	1,8	0,5	1,7
Con amigos				
Diariamente/ Varias veces por semana	67,7	66,2	66,0	62,0
No tiene relaciones	0,8	1,0	0,5	0,6
No tiene amigos	1,1	1,7	0,4	1,0
Con vecinos				
Diariamente/ Varias veces por semana	78,5	79,3	66,6	65,5
No tiene relaciones	3,9	5,8	4,0	3,1
No tiene vecinos	0,8	0,9	0,9	1,2
Con compañeros de trabajo				
Diariamente / Varias veces por semana	29,5	16,5	42,6	23,1
No tiene relaciones	0,3	0,5	0,8	1,3
No tiene compañeros de trabajo	68,2	81,8	49,3	70,6

Fuente: Encuestas FOESSA 2007, 2013 y 2018.

Los aspectos más preocupantes en la evolución del capital relacional de la población pobre son los siguientes:

- La tendencia a la pérdida de relaciones frecuentes con varias de las figuras importantes en las relaciones de proximidad. Entre 2013 y 2018 las relaciones diarias o de varias veces a la semana con miembros del propio hogar descienden en 6 puntos porcentuales, con amigos lo hacen en 2 puntos y con vecinos en casi 14 puntos. Es muy destacable la pérdida relacional con el vecindario que tienen los hogares pobres.
- El crecimiento del aislamiento al interior de los hogares: el peso relativo de hogares pobres en el que las personas no se relacionan crece del 0,8% al 2,3%. También aumentan los hogares unipersonales - pasan del 11,6% al 15,8%-.
- La persistencia en la tendencia que ya se dibujaba en 2013 sobre una mayor vulnerabilidad relacional en el ámbito del empleo. Dos datos lo evidencian. Primero, aunque entre 2013 y 2018 ha descendido el peso relativo de los hogares pobres que no tienen compañeros de trabajo, la brecha entre hogares no pobres y pobres se ha ampliado: la diferencia ha pasado de 13,6 puntos porcentuales en 2013 a 21,3 puntos en 2018. Parece que recuperar el empleo está siendo más difícil para la población pobre, influyendo en que los hogares sin compañeros de trabajo hayan descendido proporcionalmente menos que para aquellos que no lo son. Segundo, los hogares pobres que no se relacionan con ellos han aumentado del 0,5% al 1,3%. En este sentido, convendría estar atentos a las consecuencias negativas sobre la disposición y capacidad para relacionarse con otros que pueden estar teniendo dinámicas de empleo muy temporales, y por lo tanto intermitentes, y con condiciones de trabajo irregulares y precarizadas (jornadas de trabajo que cambian en horario y día, simultaneidad en varios empleos, etc...).
- Por último, los hogares pobres siguen resistiendo peor el impacto negativo de las dificultades económicas en su espacio relacional. Se puede ver en el Gráfico 1.2 que son más los hogares pobres que pierden relaciones sociales habituales por cuestiones económicas (28,7%) que aquellos que no lo son (5,3%). Aunque se ha reducido su peso relativo, la brecha que causa la pobreza permanece prácticamente igual desde la salida de la crisis: casi 23 puntos porcentuales de diferencia entre unos y otros.

Gráfico 1.2. Evolución de la pérdida de relaciones sociales habituales como consecuencia de problemas económicos según pobreza (pobre / no pobre) (% hogares)



Fuente: Encuestas FOESSA 2013 y 2018.

Nos interesa también conocer la evolución del capital relacional teniendo en cuenta las relaciones de integración/exclusión. Las personas en situación de exclusión tienen una intensidad alta de relaciones: entre 6 y 7 de cada 100 hogares tienen relaciones muy frecuentes (diariamente o varias veces a la semana), con otros familiares, amigos, vecinos y compañeros de trabajo (Tabla 1.3). Sin embargo, son los hogares en las situaciones de integración precaria, exclusión moderada y exclusión severa los que tienen una peor posición relativa, ya que son menores los hogares con relaciones frecuentes con todas las figuras. La diferencia más importante se da en relación con los miembros del hogar y los compañeros de trabajo: desciende en alrededor de 10 puntos porcentuales el peso relativo de los que se relacionan frecuentemente dentro del hogar frente a los hogares integrados, y entre 10 y 20 puntos el de los hogares con relaciones frecuentes con compañeros de trabajo.

Transitar a una situación de integración precaria define el umbral de vulnerabilidad. No hay diferencias muy relevantes en relaciones frecuentes entre los hogares de integración precaria y los hogares en las dos situaciones de exclusión, exceptuando vecinos y compañeros de trabajo. Estos son los dos espacios relacionales en los que los hogares en situación de exclusión extrema tienen peor posición relativa: en ambos casos los hogares con relaciones frecuentes tienen el peso relativo más pequeño en comparación con el resto de grupos. En comparación con los hogares integrados, aquellos en situación de integración precaria disponen de relaciones menos frecuentes con todos los vínculos, siendo especialmente grande la diferencia con miembros del hogar y compañeros de trabajo.

Tabla 1.3. Evolución de la frecuencia de relación de los hogares españoles según niveles de exclusión, 2013 y 2018 (%) Formato de la tabla: no se leen bien los porcentajes

	2013				2018			
	I	IP	EM	ES	I	IP	EM	ES
Con miembros hogar								
Diariamente / Varias veces por semana	81,9	77,0	78,4	83,0	82,1	73,5	72,6	74,4
No tiene relaciones	0,4	0,6	0,7	0,6	1,8	2,1	2,1	2,2
No tiene miembros del hogar/ Vive solo	17,5	21,8	20,2	15,4	13,9	22,3	22,7	20,7
Con otros familiares								
Diariamente / Varias veces por semana	71,0	63,8	60,0	60,7	69,0	64,5	60,4	61,7
No tiene relaciones	0,4	0,8	0,7	2,3	0,2	0,6	1,0	2,2
No tiene otros familiares con los que no vive	0,3	0,7	1,9	5,4	0,1	1,2	1,4	2,6
Con amigos								
Diariamente/ Varias veces por semana	70,1	66,6	67,3	70,5	68,4	64,7	58,9	61,1
No tiene relaciones	0,5	1,2	1,0	1,0	0,2	0,7	0,6	1,1
No tiene amigos	0,6	1,7	0,9	2,2	0,1	0,6	1,4	1,8
Con vecinos								
Diariamente/Varias veces por semana	79,7	79,0	74,9	77,4	68,3	63,7	64,2	59,0
No tiene relaciones	3,5	3,5	5,6	7,7	3,6	4,4	4,5	6,1
No tiene vecinos	0,8	0,6	0,9	1,4	0,7	1,1	2,7	1,5
Con compañeros de trabajo								
Diariamente/ Varias veces por semana	38,4	26,0	18,0	10,8	46,3	34,6	28,8	23,4
No tiene relaciones	0,2	0,3	0,3	0,1	0,6	1,2	1,5	2,2
No tiene compañeros de trabajo	59,6	71,4	80,2	88,1	45,1	57,9	62,9	71,2

Fuente: Encuesta FOESSA 2007, 2013 y 2018. I=Integración; IP= Integración precaria; EM= Exclusión moderada; ES= Exclusión severa.

Teniendo en cuenta la evolución desde 2013, los datos de la Tabla 1.3 nos describen las siguientes situaciones en la red de relaciones según grupos de exclusión:

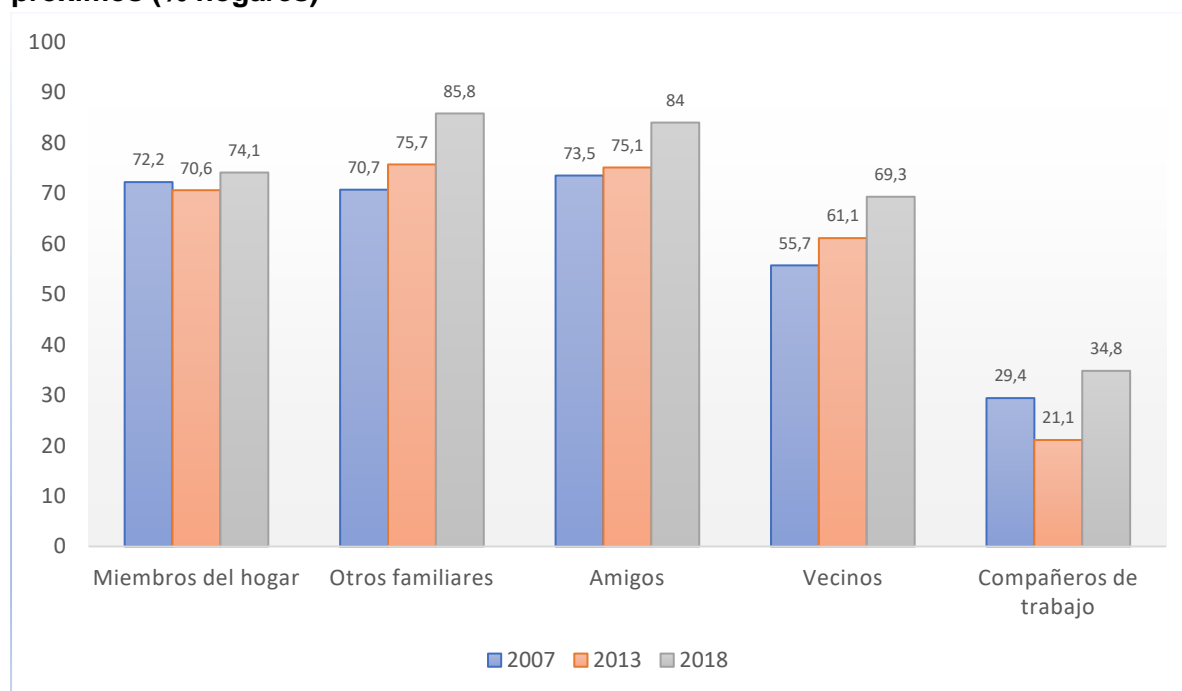
- En general el peso relativo de las relaciones muy frecuentes con miembros del hogar y amigos ha ido a la baja ligeramente respecto a 2013 para los cuatro grupos de hogares, pero han sido los hogares en exclusión social los que en mayor medida han perdido capital relacional. Hay menos hogares con relaciones diarias o de varias veces a la semana, tanto dentro del hogar como con amigos, en los grupos de exclusión moderada y extrema siendo el descenso en su peso relativo mayor que para los otros dos grupos. Los hogares en exclusión extrema con relaciones frecuentes con miembros del hogar o con amigos son los que más han perdido importancia relativa, alrededor de casi 10 puntos porcentuales. También ha ocurrido así con los hogares en exclusión moderada con relaciones frecuentes con amigos.
- Es especialmente acusada la pérdida en relaciones con el vecindario para todos los grupos, pero de nuevo son los hogares más excluidos los más afectados por esta pérdida. Los hogares en situación de exclusión extrema que tienen relaciones diarias o varias veces a la semana con vecinos han descendido en casi 20 puntos porcentuales del 2013 (77,4%) al 2018 (59,0%).
- Por otra parte, situaciones de aislamiento relacional de los hogares al interior del hogar, con vecinos, y con compañeros de trabajo han ganado peso relativo desde 2013. Con otros familiares y con amigos por el contrario han perdido importancia. Identifiquemos estas situaciones:
 - Primera, para todos los grupos de hogares ha aumentado el peso relativo de hogares sin relaciones con las personas con las que se convive, no habiendo apenas diferencias entre ellos en 2018 (alrededor del 2%).
 - Segunda, las personas en exclusión extrema viven en mayor proporción solas ahora (20,7%) que en 2013 (15,4%). También las personas en exclusión moderada e integración precaria, pero el crecimiento ha sido menor.
 - Tercera, han aumentado los hogares en integración precaria y exclusión moderada que no tienen vecinos con los que relacionarse, siendo mayor el crecimiento en los hogares en exclusión moderada. También ha crecido el peso relativo de hogares en integración precaria que no tiene relaciones con sus vecinos (del 3,5% al 4,4%), siendo éste el único grupo en el que se produce esta tendencia.
 - Por último, los hogares han perdido relaciones con compañeros de trabajo, aumentado el peso relativo de hogares sin relaciones con ellos entre 2013 y 2018, y es mayor este aumento cuanto más grave es la situación de exclusión (ver Tabla 1.3).
- Las “ganancias” en capital relacional para los hogares en exclusión se producen en el ámbito del empleo, y además -aspecto positivo-, han sido proporcionalmente mayores para los dos grupos de hogares excluidos. El peso relativo de los hogares con relaciones diarias y de varias veces a la semana con compañeros de trabajo, aumenta en 10 puntos porcentuales para aquellos en exclusión moderada y en casi 13 puntos para los hogares más excluidos. También se reduce la importancia relativa de los hogares que no tienen compañeros de trabajo.

1.1.2. La calidad de las relaciones

La calidad de las relaciones primarias también es un indicador importante del capital relacional de las personas, así como de la capacidad para afrontar situaciones de dificultad. Las Encuestas FOESSA proporcionan dos indicadores agregados de calidad de las relaciones. Por una parte, hogares con relaciones muy malas o malas; por otra, hogares con muy buenas o buenas relaciones con los vecinos. Se ha añadido la categoría de muy buenas o buenas relaciones en ambos casos, y se han creado también otras tres variables de calidad de las relaciones con familiares con los que no se convive, con amigos y con compañeros de trabajo, considerándose en todos los casos esas dos categorías extremas.

Los datos no parecen apoyar el crecimiento de los conflictos con los vínculos próximos como una de las consecuencias de la sobrecarga que han impuesto los años de crisis. El peso relativo de hogares con muy malas o malas relaciones en la convivencia diaria (0,1%), con otros familiares (0,3%), con amigos (0,2%), con los vecinos (0,5%), y con compañeros de trabajo (0,2%) es muy pequeño. Por el contrario, los hogares con muy buenas o buenas relaciones son mayoritarios. Las relaciones de calidad con familiares con los que no se convive (85,8%) y con amigos (84,0%) son las más frecuentes.

Gráfico 1.3. Evolución relaciones buenas o muy buenas con distintos vínculos próximos (% hogares)



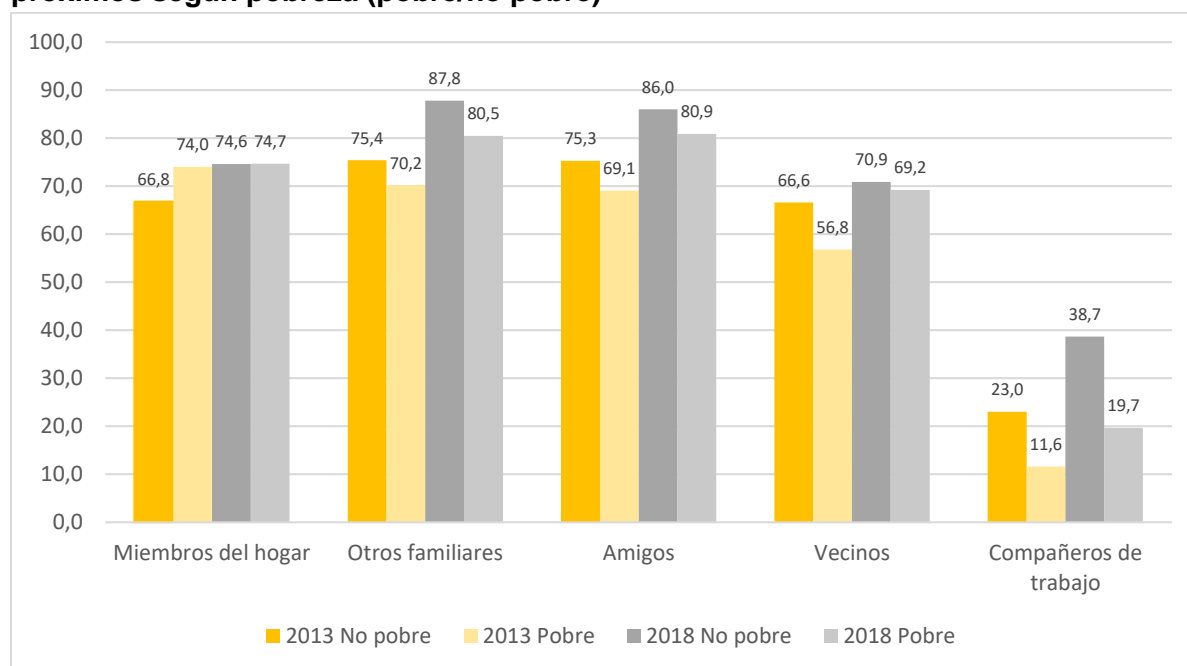
Fuente: Encuestas FOESSA 2007, 2013 y 2018.

Desde el inicio de la crisis el peso relativo de hogares con muy malas o malas relaciones con todas estas figuras próximas ha descendido de forma ininterrumpida, siendo la mejora más acusada el caso del vecindario: ha pasado del 1,6% en 2007 al 0,5% en 2018. Asimismo, los hogares con muy buenas o buenas relaciones con familiares, amigos y

vecinos han ganado importancia relativa de forma continua, siendo los incrementos mayores en el caso de los familiares y el vecindario. También es destacable que la calidad de las relaciones dentro de los hogares y con los compañeros de trabajo se ha recuperado en la poscrisis: mientras que entre 2007 y 2013 el peso relativo de hogares con muy buenas o buenas relaciones descendió en ambos casos, en 2018 ha aumentado. Así pues, el apoyo y la ayuda que las redes primarias, familiares y comunitarias han prestado no parecen haber pasado factura a la calidad de las relaciones.

Veamos ahora cómo es la calidad de las relaciones considerando la situación de pobreza. Según los datos de 2018 los hogares con muy malas o malas relaciones tienen un peso relativo similar se sea o no pobre y en relación con todos los vínculos contemplados. La evolución durante la poscrisis ha sido positiva o se ha mantenido para ambos grupos. El Gráfico 1.4 evidencia esta situación. Sin embargo, son menos los hogares pobres con muy buenas o buenas relaciones con familiares, amigos y compañeros de trabajo, siendo la diferencia más grande en este último caso, donde los hogares no pobres (32,7%) superan en casi 20 puntos porcentuales a los pobres (19,7%). Las relaciones de calidad dentro del hogar tienen similar presencia para los dos grupos de hogares.

Gráfico 1.4. Evolución relaciones buenas o muy buenas con distintos vínculos próximos según pobreza (pobre/no pobre)



Fuente: Encuestas FOESSA 2013 y 2018.

Desde 2013 los hogares pobres con buenas relaciones han ganado importancia relativa. Esto ha sido así para todos los vínculos, exceptuando las relaciones en el hogar, donde el tamaño de los hogares en esta situación se ha mantenido (74%). El crecimiento más grande se ha producido en el caso del vecindario (13 puntos porcentuales de diferencia en el período considerado), y el más pequeño con los compañeros de trabajo (8 puntos porcentuales).

Las situaciones de exclusión social están más claramente relacionadas con una peor calidad de los vínculos próximos. La Tabla 1.4 pone de manifiesto que, aunque el peso relativo de los hogares con muy malas o malas relaciones es también pequeño en los dos grupos de exclusión, son mayores frente a los hogares integrados.

Tabla 1.4. Evolución de calidad de las relaciones según niveles de exclusión, 2013 y 2018 (%)

	2013				2018			
	I	IP	EM	ES	I	IP	EM	ES
Con miembros hogar								
Muy buenas o buenas	75,2	68,7	66,6	66,5	80,9	69,5	67,0	63,3
Muy malas o malas	0,0	0,1	0,4	2,2	0,0	0,1	0,2	0,6
Con otros familiares								
Muy buenas o buenas	79,9	76,5	69,3	63,5	90,2	85,0	78,6	70,8
Muy malas o malas	0,2	0,3	0,6	2,7	0,0	0,1	1,7	1,2
Con amigos								
Muy buenas o buenas	78,7	75,5	70,8	64,1	87,8	84,0	78,0	71,2
Muy malas o malas	0,0	0,0	0,4	2,1	0,0	0,0	1,3	0,6
Con vecinos								
Muy buenas o buenas	65,2	62,7	54,9	45,0	73,2	69,2	64,4	58,0
Muy malas o malas	0,0	0,0	1,4	4,3	0,0	0,0	3,6	2,4
Con compañeros de trabajo								
Muy buenas o buenas	29,0	20,0	12,3	5,7	43,4	30,5	25,1	15,7
Muy malas o malas	0,4	0,1	0,1	0,8	0,1	0,0	1,3	0,1

Fuente: Encuestas FOESSA 2007, 2013 y 2018. I=Integración; IP= Integración precaria; EM= Exclusión moderada; ES= Exclusión severa.

Son los hogares en situación de exclusión moderada los que tienen peores relaciones con otros familiares (1,7%), amigos (1,3%), vecinos (3,6%), y compañeros de trabajo (1,3%). Los hogares más excluidos son los que tienen peores relaciones dentro del hogar, aunque la diferencia con el resto es más pequeña. El vecindario es el ámbito más relevante de relaciones de peor calidad para los hogares en exclusión, con un mayor número de hogares con muy malas o malas relaciones tanto en exclusión moderada (3,6%) como en exclusión extrema (2,4%). Por su parte, a medida que nos desplazamos desde la integración hasta la exclusión extrema, los hogares con muy buenas o buenas relaciones van perdiendo peso relativo, encontrándose la brecha más grande en el caso de las relaciones con familiares – 90,2% en integración en comparación con el 70,8% en exclusión severa-, y con compañeros de trabajo – 43,4% frente al 15,7%.

Respecto a la evolución de la calidad de las relaciones en este último lustro, es preocupante el crecimiento de las malas relaciones para los hogares en situación de exclusión moderada. Excepto dentro del hogar, la importancia relativa de los hogares con muy malas o malas relaciones ha crecido. Por el contrario, los hogares con peores relaciones con todos los vínculos han descendido en el grupo de exclusión severa.

1.2. La evolución de la solidaridad mutua tras la crisis

Las Encuestas FOESSA plantean dos preguntas que nos permiten describir la evolución de la existencia de redes primarias de apoyo y cuidado. La primera indaga en si la persona tiene o ha tenido alguna persona que pueda ayudarlo cuando tiene problemas (prestar dinero, cuidar de ella misma o de alguna persona dependiente a su cargo, apoyo emocional, gestiones o papeles). La segunda pregunta es si ellas han ayudado o ayudan a terceros que tienen problemas. Cada una de ellas presenta una pregunta retrospectiva (ha tenido apoyo/ha prestado apoyo), y una segunda referida al momento de realización de la Encuesta. Los datos se presentan en la Tabla 1.5.

Para el conjunto de la población las relaciones recíprocas de ayuda son extensas. Siete de cada diez personas reciben ayuda cuando tienen problemas (70,3%). Casi seis de cada diez personas prestan apoyo a otras personas (58,3%). La población protegida por las redes primarias creció durante los años de crisis, y tras su finalización no se ha reducido: los hogares que cuentan con ayuda han pasado del 68,1% en 2007, al 69,8% en 2013 y al 70,3% en 2018. Por su parte, la provisión de ayuda informal aumentó en diez puntos porcentuales durante los años de la crisis, y en la poscrisis la tendencia es a una reducción, aunque pequeña, en el peso relativo de los hogares que ayudan a otros que lo necesitan. En 2007 era del 47,7%, creció hasta el 60,2% en 2013 y se ha reducido al 58,3% en 2018.

Se pone en evidencia así la sostenibilidad de las redes primarias de apoyo y cuidado, aunque parecen manifestarse dificultades en su capacidad para seguir prestándolo. Ya tras la finalización de la crisis parecía evidenciarse que esta ayuda se iba debilitando, y en la poscrisis este debilitamiento persiste. En 2013 se había reducido en diez puntos porcentuales el peso relativo de los hogares que habían ayudado antes (71,6%), comparado con los hogares que lo hacían entonces (60,2%). En 2018 la brecha entre los hogares que han prestado ayuda (75,9%), y los que lo hacen actualmente (58,3%), se ha ampliado a casi 14 puntos porcentuales.

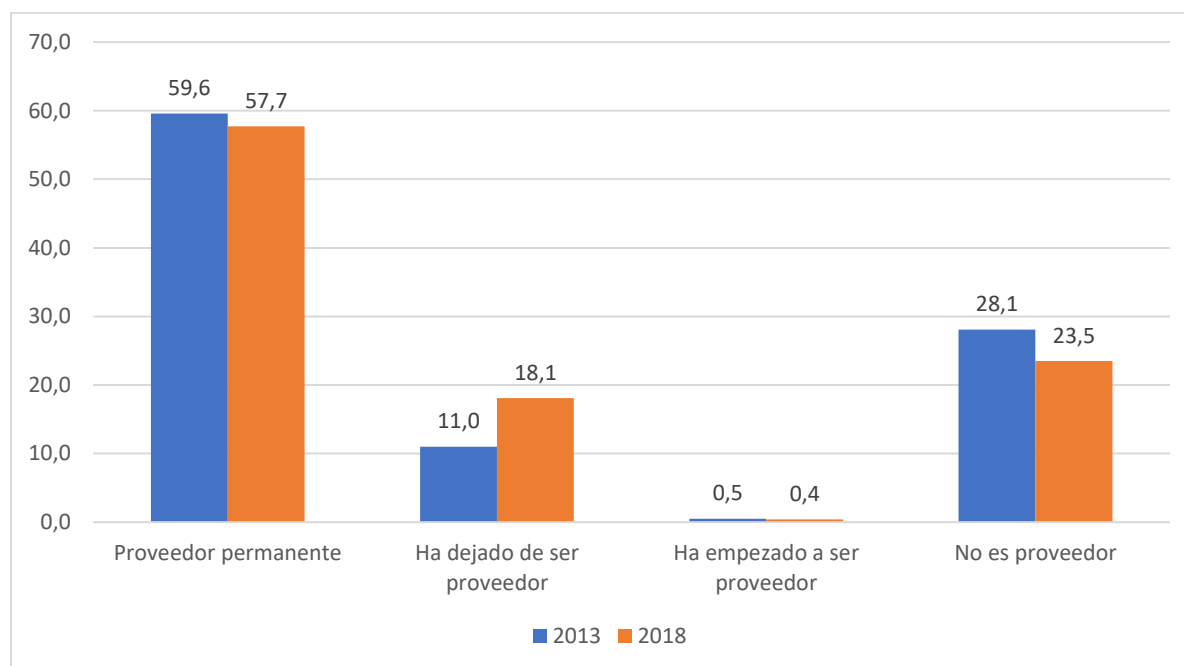
Tabla 1.5. Evolución de las relaciones de ayuda de los hogares españoles, 2007, 2013 y 2018 (%)

	2007	2013	2018
Ha tenido quien haya podido ayudarle cuando tiene problemas			
Sí	72,8	73,8	78,9
No	23,8	25,4	21,1
No contesta	1,0	0,5	-
No sabe	2,3	0,3	-
Tiene alguna persona que puede ayudarle cuando tiene problemas			
Sí	68,1	69,8	70,3
No	28,1	29,3	29,7
No contesta	0,9	0,4	-
No sabe	2,9	0,5	-
Tiene alguna persona a la que ha ayudado cuando ella tuvo problemas			
Sí	67,7	71,0	75,9
No	29,6	28,6	24,1
No contesta	1,2	0,3	-
No sabe	1,5	0,1	-
Tiene alguna persona a la que ayuda cuando tiene problemas			
Sí	49,2	60,2	58,3
No	47,7	39,1	41,7
No contesta	1,7	0,5	-
No sabe	1,4	0,2	-

Fuente: Encuestas FOESSA 2007, 2013 y 2018.

Tras esta primera aproximación y con el objetivo de identificar de forma más precisa la evolución de la solidaridad informal, se presenta a continuación una tipología de hogares proveedores de ayuda y apoyos teniendo en consideración dos preguntas de las Encuestas FOESSA: por una parte, si tiene alguna persona a la que ha ayudado cuando ella tuvo problemas, y por otra, si tiene (en la actualidad) a alguna persona a la que ayuda. Se han identificado cuatro situaciones. En primer lugar, aquellos hogares que son proveedores permanentes de ayuda, es decir, que habían prestado ayuda en el momento de realización de la Encuesta y la seguían prestando. En segundo lugar, hogares que han dejado de prestar ayuda a otros, debido a que habían ayudado antes pero en la actualidad ya no lo hacen. En tercer lugar, los hogares que han comenzado a ser proveedores de ayuda, ya que no habían ayudado antes y ahora sí lo hacen. Y por último, hogares no proveedores. Los datos se presentan en el Gráfico 1.5.

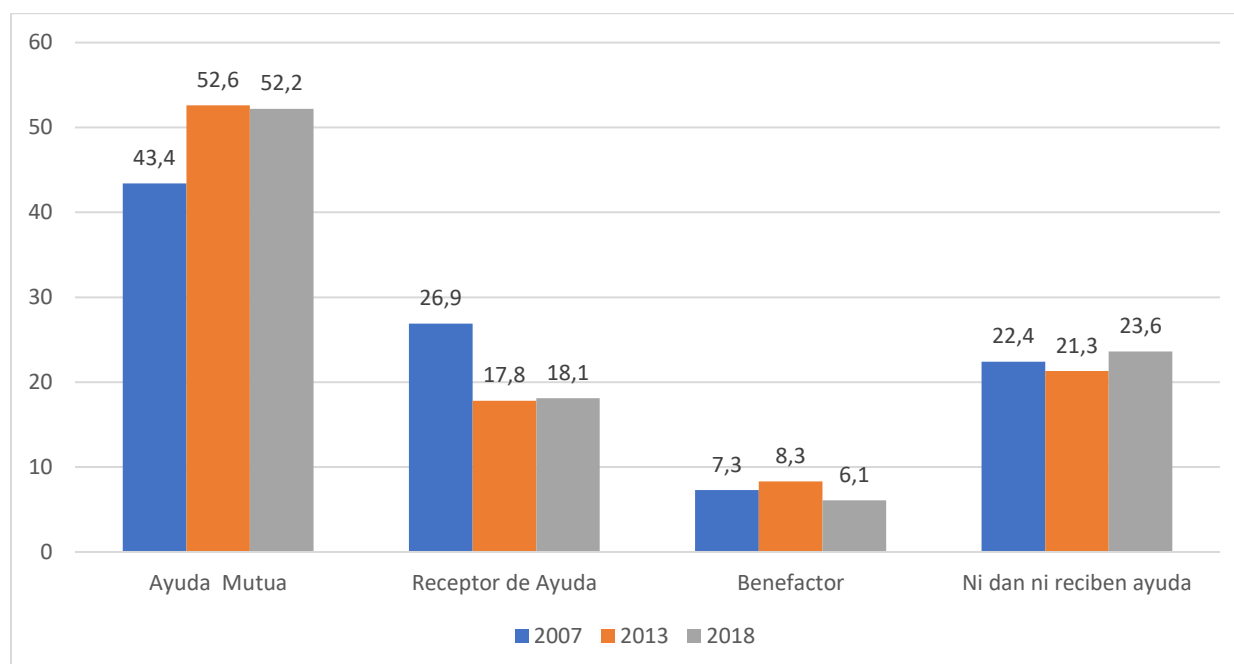
Gráfico 1.5. Evolución del tipo de hogar en relación a la permanencia de provisión de ayuda (% hogares)



Fuente: Encuestas FOESSA 2013 y 2018.

En general se observa cómo la continuidad en la prestación de apoyos es la situación que más incidencia sigue teniendo en relación con los cuatro tipos de hogares: 6 de cada 10 hogares en 2018 (57,7%). Sin embargo, se han reducido ligeramente los hogares proveedores permanentes de ayuda entre 2013 (59,6%) y 2018 (57,7%). Por otro lado, ha aumentado el peso relativo de los hogares que han dejado de ser benefactores, pasando del 11% al 18,1%. La solidaridad primaria sigue activa en este último lustro, pero muestra señales de cansancio.

Resulta de interés también describir cómo han evolucionado en este último lustro las diferentes posiciones que toman los hogares considerando la provisión y/o recepción de ayuda. Martínez, (2014:11-12) describe cuatro tipos de hogares: hogares de ayuda mutua, que prestan ayuda a otras personas y ellos también la reciben si la necesitan; hogares receptores, es decir, reciben apoyo pero no ayudan a otros; hogares benefactores, que son aquellos que dan ayuda pero no la reciben; y por último, hogares que ni tienen ni dan ayuda. En el Gráfico 1.6 se describe la situación en 2018 de la tipología propuesta por la autora y su evolución temporal.

Gráfico 1.6. Evolución de los hogares según tipo de ayuda (% hogares)

Fuente: Encuestas FOESSA 2007, 2013 y 2018.

Los hogares mayoritarios son aquellos que prestan apoyos y también los reciben (52,2%), manteniéndose su peso relativo tras el período de crisis. También se mantienen los hogares que son ayudados por otros, siendo apenas la diferencia de 0,3 puntos porcentuales entre 2013 (17,8%) y 2018 (18,1%). Se reduce sin embargo la importancia relativa de los hogares que son benefactores: desciende del 8,3% en 2013 al 6,1% en 2018. Los hogares que no participan en redes de solidaridad mutua – ni brindan apoyos ni los tienen-, representan casi una cuarta parte (23,6%) y aumentan en dos puntos en relación a 2013.

Resulta de nuevo evidente a la luz de estos datos la resistencia mostrada por los vínculos primarios en el cuidado de otros ante situaciones de dificultad -a pesar de que llevan haciéndolo durante un tiempo prolongado-, pero simultáneamente ponen encima de la mesa el debilitamiento progresivo de los apoyos. Apuntan también una tendencia a la pérdida de redes de apoyo, que podría generar nuevos riesgos de exclusión y fragilizaría la capacidad del capital primario para amortiguar situaciones de dificultad venideras.

Centrándonos ahora en el análisis comparativo del perfil de ayuda de los hogares según su situación de pobreza, es importante resaltar varios aspectos. En primer lugar, lógicamente, los hogares pobres son en mayor proporción receptores de ayuda, y en menor, proveedores de ella. Tal y como muestra la Tabla 1.6, un 24,1% de los hogares pobres reciben apoyo pero no lo prestan en comparación con el 17,3% de aquellos que no lo son. Por su parte, el 4,4% de los hogares pobres son benefactores frente al 6,3% de hogares no pobres.

En segundo lugar, los apoyos que prestan las personas pobres a terceros, a pesar de sus dificultades, son significativos. La mitad de ellos (53,9%) los brindan, independientemente de que les ayuden o no. Por último, la capacidad de cuidar a otros de los hogares pobres

parece ser más resistente en el tiempo. Por una parte, aumenta la importancia relativa de los hogares que son apoyados por otros pero también proporcionan ayuda a terceros – crece del 44,6% al 49,5%-, mientras que en el caso de los hogares no pobres esta categoría desciende. Por otra, la reducción en el porcentaje de hogares benefactores es igual independientemente de si se es pobre o no (desciende en 1,9 puntos porcentuales en cada uno de los grupos). En definitiva, en el caso de los hogares no pobres las categorías que ayudan pierden peso ambas, mientras que para los hogares pobres esta pérdida es más limitada.

Tabla 1.6. Evolución de los hogares según posición en cuanto a la ayuda según pobreza, 2013 y 2018 (%)

	2013		2018	
	No pobre	Pobre	No pobre	Pobre
Ayuda mutua	55,7	44,6	52,5	49,5
Receptores de ayuda	15,4	24,1	17,3	24,1
Benefactores	8,2	6,3	6,3	4,4
Ni reciben ni dan	20,8	25,0	23,8	22,0

Fuente: Encuestas FOESSA 2007, 2013 y 2018.

Cuando se considera la posición en las redes de ayuda según las diferentes situaciones de exclusión, las diferencias más significativas suceden en la recepción de ayuda. Cuanto más grave es la situación de exclusión, mayor es la importancia relativa de los hogares receptores. En la Tabla 1.7 se observa el crecimiento ininterrumpido del porcentaje de estos hogares desde el espacio de la integración hasta el de la exclusión más grave, dónde una cuarta parte de los hogares solo reciben apoyo (25,7%).

Tabla 1.7. Evolución de la calidad de las relaciones según niveles de exclusión, 2013 y 2018 (%)

	2013				2018			
	I	IP	EM	ES	I	IP	EM	ES
Ayuda mutua	59,1	50,9	46,4	38,8	57,4	49,0	42,4	45,0
Receptores de ayuda	16,3	16,7	21,0	27,0	15,1	19,2	23,4	25,7
Benefactores	6,1	10,9	7,1	10,6	5,3	6,8	8,6	5,5
Ni reciben ni dan	17,7	22,8	25,5	23,5	22,2	25,0	25,6	23,7

Fuente: Encuestas FOESSA 2007, 2013 y 2018.

Sin embargo, vuelve a ponerse en evidencia el caudal de ayuda que retiene la población excluida. Son más los hogares en exclusión moderada que son benefactores (8,6%) que los hogares integrados (5,3%), y también ocurre así con los hogares en integración precaria (6,8%). Por otra parte, existe el mismo porcentaje de hogares benefactores en exclusión severa que en situación de integración. Respecto a la evolución temporal de las posiciones

de ayuda contemplando globalmente los cuatro grupos, puede decirse que efectivamente parece mostrarse una tendencia incipiente a la pérdida de capacidad de ayuda, ya que en general desciende el peso relativo de los hogares benefactores y también el de los hogares que, aun recibiendo apoyos, también ayudan a otros. Sin embargo, de nuevo también parece apuntarse que esta tendencia no se ve agravada por la situación de exclusión del hogar. Los hogares en exclusión más grave son el único grupo que gana en importancia relativa en ayuda mutua. Y el peso relativo de hogares en exclusión moderada que son benefactores crece en el último período, mientras que en el resto de grupos desciende.

Vamos a finalizar este apartado considerando la evolución de dos indicadores agregados de la recepción de apoyos que contemplan las sucesivas Encuestas FOESSA. En 2018 los hogares con personas dependientes que necesitan ayuda y cuidados de otras personas para realizar las actividades de la vida diaria y no la reciben representan el 1% del total de hogares, siendo el mismo porcentaje en 2013 (1,2%). La evolución en 2018 de este indicador parece apuntar una incipiente tendencia de riesgo para los hogares más vulnerables, tal y como se puede ver en la Tabla 1.8. Por una parte, crece ligeramente el porcentaje de hogares pobres afectados (del 1,2% al 1,5%), y, sin embargo, el de los hogares no pobres desciende. Aumenta también el peso relativo de hogares en exclusión moderada y extrema que no reciben apoyos para cuidar a las personas dependientes que viven en ellos.

Tabla 1.8. Evolución de los hogares con personas dependientes que necesitan ayuda y no la reciben, 2013 y 2018 (%)

	2013	2018
Total Población	1,2	1,0
Pobreza		
No pobre	1,2	0,8
Pobre	1,2	1,5
Situación de exclusión		
Integración	0,0	0,0
Integración precaria	0,7	0,0
Exclusión moderada	4,4	6,3
Exclusión severa	3,7	4,8

Fuente: Encuestas FOESSA 2007, 2013 y 2018.

Por último, la evolución del indicador de aislamiento social ha sido desfavorable. Los hogares sin relaciones al interior del hogar y que no cuentan con ningún apoyo en situaciones de enfermedad o dificultad crecieron entre el 2007 (2,7%) y el 2013 (5,3%), manteniéndose su peso relativo a pesar de la finalización de los años de crisis (5,4%). En la Tabla 1.9 se puede ver cómo su incidencia ha crecido para los hogares pobres, también ligeramente para los hogares en exclusión moderada, y de forma más acusada para los hogares integrados pero en situación de precariedad.

Tabla 1.9. Evolución de los hogares sin relaciones dentro del hogar y que no cuenta con ningún apoyo en situaciones de enfermedad o dificultad, 2013 Y 2018 (%)

	2013	2018
Total Población	5,3	5,4
Pobreza		
No pobre	6,3	5,8
Pobre	3,4	4,5
Situación de exclusión		
Integración	0,0	0,0
Integración precaria	8,9	11,9
Exclusión moderada	8,0	8,9
Exclusión severa	7,5	7,0

Fuente: Encuestas FOESSA 2007, 2013 y 2018.

2. Efectos sobre la participación política asociativa

El capítulo 7 del VII Informe FOESSA (2013) dedicaba una buena parte del mismo a analizar el efecto de la crisis sobre los dinamos de capital social, prestando un especial interés por las transiciones de determinadas formas de capital social primario (relaciones familiares, vecinales...) a modos de capital social secundario; entendiendo este último como aquel que incide en los procesos de participación social, desarrollo asociativo y presencia institucional. Decíamos entonces que en el periodo de análisis que iba de 2008 a 2013 podían identificarse tres tendencias en relación a esto que hemos llamado *capital social secundario*.

Un primer proceso se refería a la desvinculación de una parte de la ciudadanía respecto a determinados modos de participación tradicional (sindical, política, vecinal...). Apuntábamos dos factores causales principales en este proceso: El primero y más visible se refería al desencanto o desconfianza respecto a estas organizaciones. Pero había una segunda causa, cualitativamente muy relevante, que tenía que ver con la retirada de espacios de participación asociativa de proximidad, de lógica vecinal-comunitaria. Una buena parte de esta pérdida era motivada como efecto de la dinámica de empobrecimiento de muchas familias y la necesidad de restringir determinados tipos de gasto (pagar la cuota de la asociación...). Esta restricción conllevaba un debilitamiento de los capitales y de las redes de proximidad (Jaraíz & Vidal, *et al*, 2014).

De modo complementario y en cierto modo compensatorio, se observaba cómo determinadas formas de participación habían ganado protagonismo durante este periodo de crisis. La expresión más relevante era sin duda el voluntariado social. El incremento de la acción voluntaria en este periodo ponía de manifiesto la reactivación de ciertas *lógicas de don*, marcadas como respuesta solidaria de ciudadanos y ciudadanas al proceso de empobrecimiento y descomposición social (Gómez, 2011).

El tercer proceso que describíamos se refería a la aparición de nuevos modos de vinculación asociativa marcados por *esquemas de reciprocidad*. La emergencia de iniciativas colaborativas en las que los ciudadanos ejercen el doble rol de *donantes* y *receptores* reeditaba esquemas de bien común. En esta tendencia ha sido destacable el papel facilitador de las redes sociales, como conectoras de iniciativas predominantemente locales (Del Moral, 2013), cuestión que pone de manifiesto la emergencia de un espacio de capital social digital. En esta segunda parte del *paper* trataremos de contrastar el estado, un lustro después, de estos dinamismos. Pretendemos por tanto describir el curso en el momento actual de los procesos que fueron identificados. Diferenciaremos dos subepígrafes, uno centrado en la participación política, y el segundo en los vínculos estrictamente asociativos.

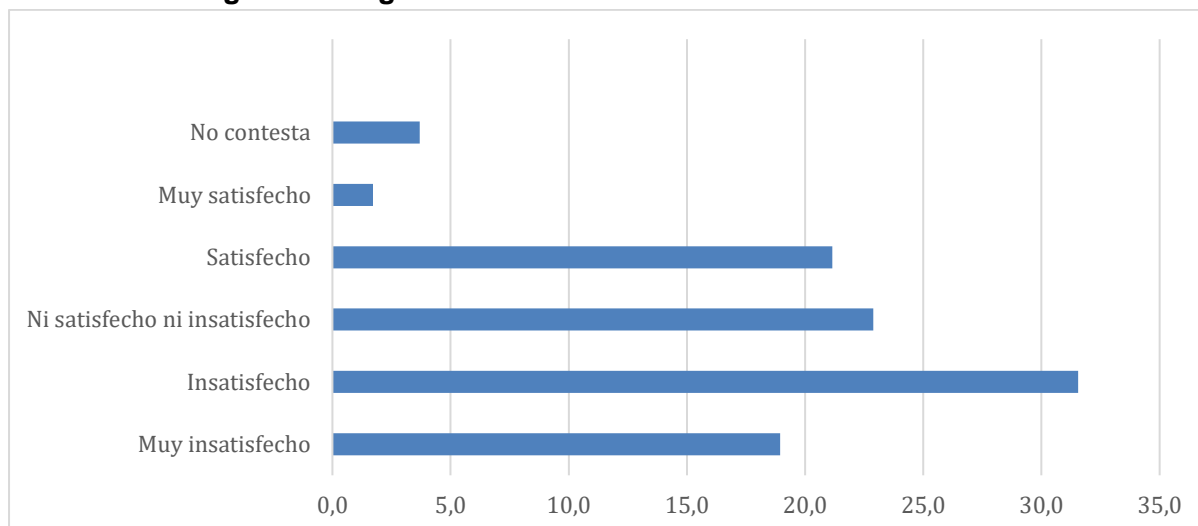
2.1. Participación política

La relación de la participación política en el desarrollo del capital es asunto de preocupación de largo recorrido para las ciencias sociales. Algunos trabajos (Blomkvist, 2000; Putnam, 2011) establecen una conexión directa entre los cambios de capital social y la participación política. Por el contrario, otras investigaciones (Miranda & Monzó, 2003) relativizan esta relación y apuntan que el incremento de la participación política no siempre provoca una mejora directa de la calidad de una democracia.

La *Encuesta FOESSA 2018* nos ofrece información relevante sobre tres elementos del comportamiento político relacionados con diferentes disposiciones respecto al capital social. En primer lugar, el grado de satisfacción con la democracia, como factor que nos aproxima a las cuestiones de *confianza* de la ciudadanía en el sistema institucional. Segundo, la *pertenencia* respecto a los espacios políticos clásicos (partidos políticos, sindicatos y movimientos sociales), así como la participación en movilizaciones de naturaleza política. Por último, el comportamiento en las diferentes citas electorales recientes.

2.1.1. Satisfacción con la democracia. Cuestiones de confianza

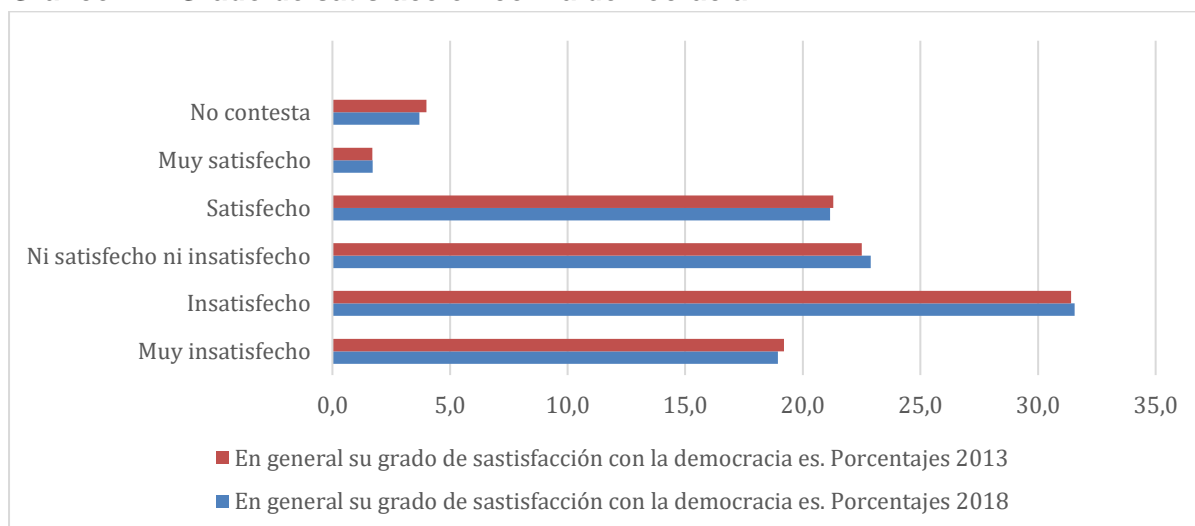
El análisis de las variables referidas al grado de satisfacción con la democracia pone de manifiesto la persistencia de altos niveles de insatisfacción global con el funcionamiento de las instituciones. Más de la mitad de la población encuestada, el 50,5 % manifiesta niveles de insatisfacción *altos* o *muy altos*, mientras que sólo un 22,9 se muestra *satisfecho* o *muy satisfecho*, porcentaje similar a la población que manifiesta no estar *satisfecho ni insatisfecho*.

Gráfico 2.1. En general su grado de satisfacción con la democracia 2018

Fuente: Encuesta FOESSA 2018.

Si establecemos una comparativa con la Encuesta FOESSA 2013 puede verse como, a pesar de los cambios en el escenario socioeconómico, la percepción social respecto a la satisfacción permanece invariable en términos *gruesos*, apreciándose variaciones muy poco relevantes, como puede observarse en el Gráfico 2.2.

Este hecho permite apuntar una especie de consolidación de la opinión pública respecto a esta cuestión.

Gráfico 2.2. Grado de satisfacción con la democracia

Fuente: Encuestas FOESSA 2013 y 2018.

Este escenario de cronificación de elevados niveles de insatisfacción es también resaltado en otros trabajos realizados en similar línea. El *Barómetro del CIS* apuntaba una

insatisfacción ciudadana ligeramente más elevada, del 53,8 % (CIS, 2018)¹. En una mirada temporal más amplia, las dos series, aunque diferentes en su periodicidad y composición, muestran una tendencia similar. En ambas es apreciable como este proceso de desafección creciente arranca justo antes del estallido de la crisis, a finales de 2006 el nivel de confianza con la democracia se sitúa en el 57 % (CIS, 2006)², para situarse en los niveles de insatisfacción actuales a partir de 2013. Si bien la *Encuesta FOESSA* es más limitada a efecto de exploración de las causas de esta situación, una mirada a los diferentes *Barómetros* permite apuntar una secuencia de factores que han podido incidir causalmente. El primero de ellos, que parece ejercer de detonante inicial, tiene que ver con la propia crisis y la gestión política de la misma; a ello se añade después como segundo factor la intensificación de las situaciones de corrupción política y, finalmente, el desarrollo de la confrontación en torno a las cuestiones territoriales.

La *Encuesta FOESSA 2018* nos permite un análisis del comportamiento de la confianza en la democracia en relación a diferentes aspectos específicos. Por cuestiones de espacio nos centramos exclusivamente en las diferencias en relación con las situaciones de Integración/exclusión.

Tabla 2.1. Grado de satisfacción con la democracia según situación de exclusión 2018 Se corta la tabla: no se distingue bien la separación entre título y tabla. En todas las tablas del apartado 2 especificar que es porcentaje, añadir al final del título de la tabla (%)

	Integración plena	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa
Muy insatisfecho	16,8	23,1	21,7	24,1
Insatisfecho	31,7	33	32,4	37,2
Ni satisfecho ni insatisfecho	24,6	24	17,5	20,8
Satisfecho	24,6	18,9	26,5	15,7
Muy Satisfecho	2,2	1	1,9	2,2

Fuente: Encuesta FOESSA 2018

La Tabla 2.1 nos permite apreciar como los niveles de insatisfacción son elevados para los cuatro grupos identificados y, como podría esperarse, éstos son más acusados en las personas en situación de *exclusión severa* y más suaves en aquellas que están en situación de *exclusión moderada*. Si observamos el Gráfico 2.3 se aprecia como la diferencia entre personas *insatisfechas* o *muy insatisfechas*, y *satisfechas* o *muy satisfechas*, es más del

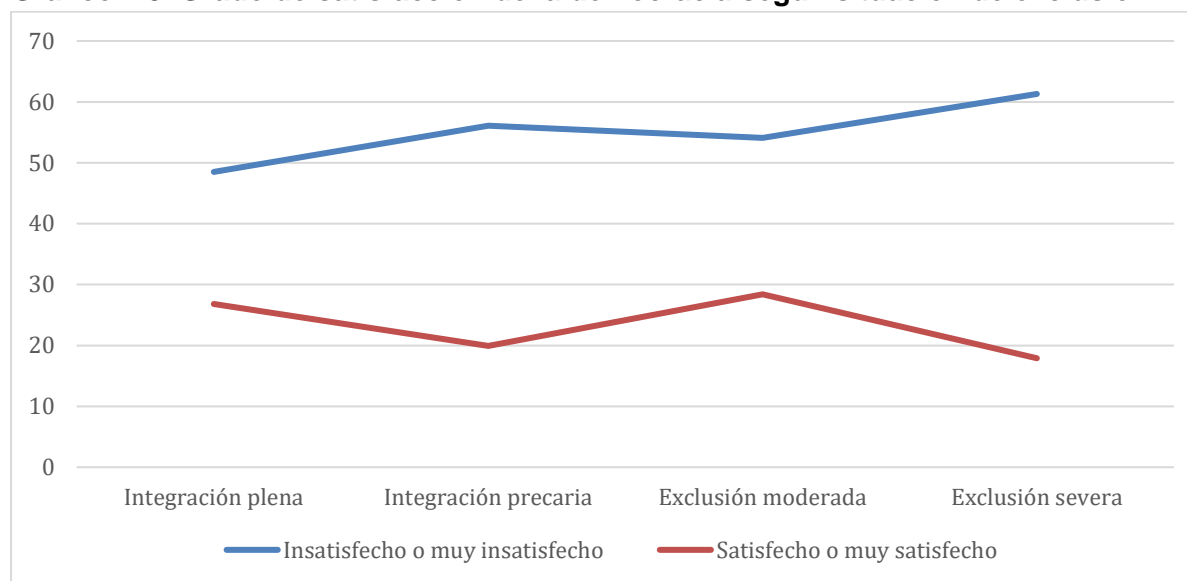
¹ Hay que apuntar que en este caso la estructura de la pregunta es diferente a la de la Encuesta FOESSA. En el trabajo del CIS se utilizan las categorías *poco satisfecho* o *nada satisfecho* y no aparece la opción *ni satisfecho ni insatisfecho*, que sí ofrece la Encuesta FOESSA. Barómetro de septiembre de 2018. En http://datos.cis.es/pdf/Es3207mar_A.pdf (fecha de consulta 09/10/2018)

² Centro de Investigaciones Sociológicas (noviembre 2016). Estudio 2663. En http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/2660_2679/2663/e266300.html (fecha consulta 09/10/2018).

doble en el grupo de personas en *exclusión severa* (43,4 %), respecto a las que están en situación de *integración plena* (21,7 %).

En los dos grupos intermedios esta diferencia es menor, ocurriendo que, el grado de insatisfacción es bastante similar para las personas en *integración precaria* (56,1%) y *exclusión moderada* (54,1%). Si miramos el porcentaje de personas *satisfechas o muy satisfechas* encontramos que en el grupo *exclusión moderada* manifiesta un nivel de satisfacción que, siendo aún bajo, es el más elevado en términos relativos de los cuatro grupos (28,5%), más incluso que el de *integración plena* (26,8%).

Gráfico 2.3. Grado de satisfacción de la democracia según situación de exclusión



Fuente: Encuesta FOESSA 2018

2.1.2. Pertenencia y participación en organizaciones de acción política tradicional

Aunque en el epígrafe 2.2. profundizaremos en la descripción y análisis de los dinamismos de participación ciudadana en general, nos detenemos aquí en una parte de los datos que aporta la *Encuesta FOESSA 2018*, los referidos a la participación en organizaciones vinculadas a la incidencia y/o generación política. Tradicionalmente estas organizaciones han sido los partidos políticos, los sindicatos y los movimientos sociales.

Pretendemos con ello aproximarnos a las tendencias respecto a las relaciones de pertenencia con aquella parte del tejido cívico más directamente vinculado a la acción política en sentido específico. Es claro que el solo estudio de los niveles de participación en estas organizaciones no es suficiente para realizar una *descripción fina* de la cuestión, para ello sería necesario disponer de otra información que complemente (niveles de identificación o simpatía, disposición a apoyar en campañas, elecciones...). Sin embargo, entendemos que esta información sí nos resulta de utilidad para identificar tendencias globales sobre este asunto. Con la intención de aportar esta mirada de proceso hemos recurrido a la comparativa de las tres últimas encuestas FOESSA.

Tabla 2.2. Evolución de la pertenencia a organizaciones de participación política: 2007, 2013, 2018

	2007	2013	2018
Sindicatos	8,5	6,4	6,1
Partidos políticos	3,5	4,3	3,1
Colectivos Sociales	11,1	10,4	10,3

Fuente: Encuestas FOESSA 2007, 201 y 2018.

En una perspectiva de conjunto es apreciable cómo, en este apartado, se observa también la tendencia a una mayor desconexión cívica respecto a estas organizaciones. En todos los casos se han reducido los niveles de asociacionismo. Si bien es cierto que la intensidad de esta pérdida es diferente según cada tipo de organizaciones.

En el caso de los *sindicatos* la desconexión se produjo con mayor intensidad en la Encuesta 2013 respecto a la de 2007. En este periodo las organizaciones sindicales perdieron 2,1 puntos, lo que supone una reducción de un 24 % de integrantes, mientras que la reducción de 2018 respecto a 2013 ha sido menos relevante. Los *Colectivos Sociales* ha seguido también esta tendencia, si bien de modo mucho más suave. Ambos tipos de organizaciones tuvieron un descenso acusado en el periodo 2007-2013, que, aunque se mantiene en 2018, parece suavizarse.

La situación de los partidos políticos muestra una evolución diferente. La participación en estas organizaciones tuvo un importante ascenso el periodo 2007-2013 para sufrir más tarde un descenso acusado en la serie de 2018. Existe una posible explicación para ello. La dinámica generada en el contexto del *15 M*, con la aparición de diferentes movimientos políticos que se articularán después en *Podemos* y otros partidos organizados en red con éste, unidas también a la emergencia de *Ciudadanos*, hacen que en el momento en que se elabora la *Encuesta FOESSA 2013* exista un panorama propicio de incremento de la participación política. Los datos de 2018 señalan, no sólo el agotamiento de esta tendencia, sino que apuntan una reducción en la pertenencia a partidos políticos a niveles inferiores a 2007.

La reducción de la participación política en sentido general ha de ser puesta en consonancia con la pérdida de capitales asociativos en sentido genérico, asunto que analizaremos más adelante.

2.1.3. Participación electoral

Para el desarrollo de este apartado hemos recurrido al estudio de la frecuencia de participación en citas electorales, analizando de modo diferenciado los comicios de carácter municipal, las elecciones autonómicas y las generales. La similitud de la pregunta nos permita también realizar una aproximación evolutiva.

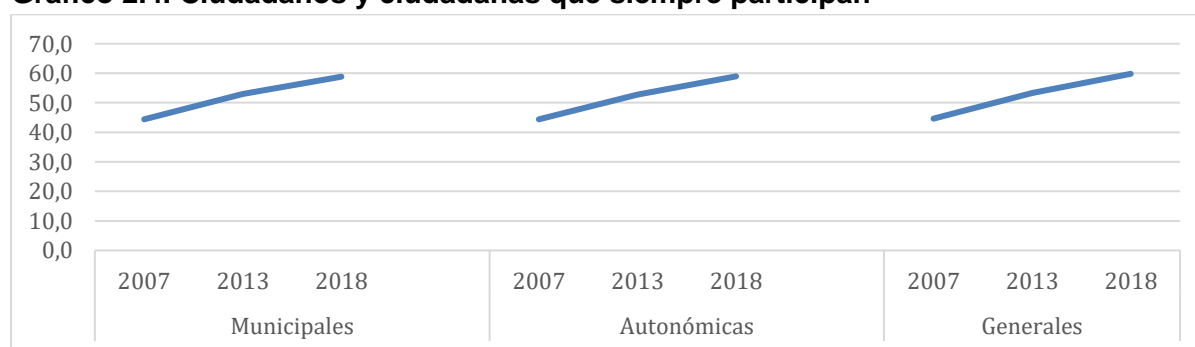
Tabla 2.3. Frecuencia con la que participa en elecciones municipales, autonómica y generales 2007, 2013, 2018

	Municipales			Autonómicas			Generales		
	2007	2013	2018	2007	2013	2018	2007	2013	2018
No contesta	1,6	1,7	1,6	1,8	1,6	1,7	1,7	1,7	1,7
Nunca por no tener edad	0,0	0,8	1,0	0,0	0,8	1,0	0,1	0,7	1,0
Nunca por no tener derecho a voto	7,9	5,7	5,7	7,9	6,4	6,0	7,9	6,5	6,0
Nunca porque no me interesa	4,7	7,1	4,5	4,9	7,0	4,2	5,8	6,6	4,4
Nunca porque no sirve para nada	2,4	4,8	3,0	2,7	4,8	3,0	2,5	4,8	2,9
En algunas ocasiones	15,8	12,2	9,2	15,7	11,8	8,9	14,3	11,6	7,9
Casi siempre	23,2	14,7	16,2	22,6	14,8	16,3	23,1	14,8	16,3
Siempre	44,4	53,0	58,8	44,4	52,8	58,9	44,6	53,3	59,8

Fuente: Encuestas FOESSA 2007, 2013 y 2018.

Como contraste a los retrocesos en las cuestiones de satisfacción con la democracia y de pertenencia a organizaciones de acción política, la participación electoral ha mantenido un todo ascendente en términos globales en la sociedad española. Este incremento es apreciable además en los diferentes ámbitos electorales. El análisis de la Tabla 2.3 pone de manifiesto una especial tendencia al incremento de los ciudadanos y ciudadanas que manifiestan participar *siempre*; esta es, sin lugar a dudas la categoría que ha experimentado una evolución más constante y sólida en el periodo de estudio.

Gráfico 2.4. Ciudadanos y ciudadanas que siempre participan



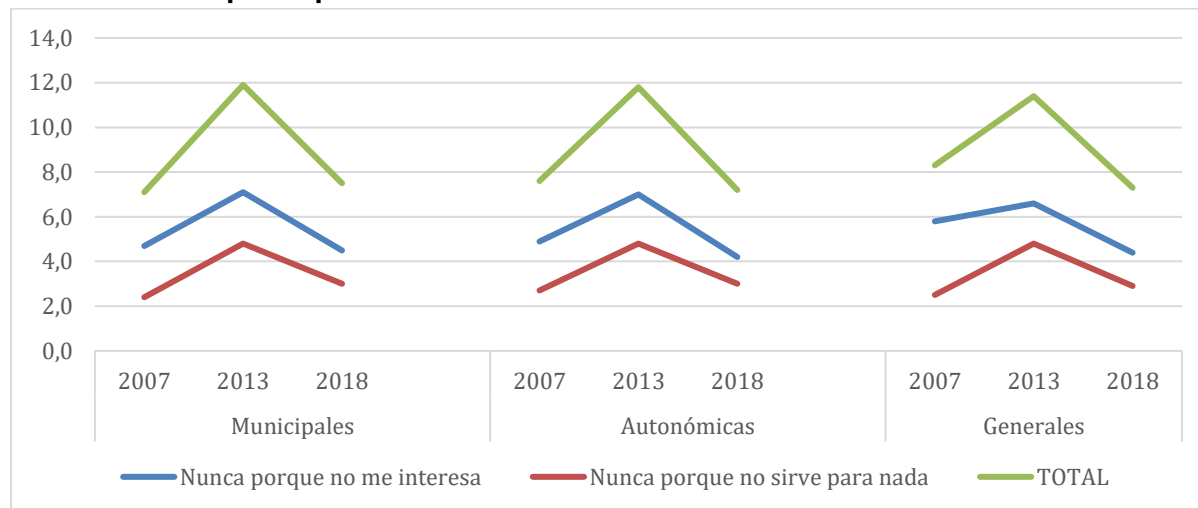
Fuente: Encuestas FOESSA, 2007, 2013 y 2018.

Centrándonos ahora en el análisis comparativo de algunas categorías del Gráfico 2.4 es apreciable el movimiento hacia un comportamiento electoral más activo. Para estudiar esta cuestión nos hemos centrado solamente en las categorías que tienen posibilidad de participación electoral, eliminando aquellas que no la tienen, ya sea por razones de edad o de capacidad legal.

La tendencia a la no participación en citas electorales sigue un esquema similar en los tres tipos de comicios, observándose un incremento a la desmovilización en el periodo 2007-13 y

una tendencia decreciente en el 2013-18. En sentido neto los niveles de desmovilización electoral voluntaria se reducen en 2018 respecto a 2007, como puede observarse en la primera curva (gris) no coincide el gris que se dice con los colores del gráfico, comprobar con el documento original del Gráfico 2.5.

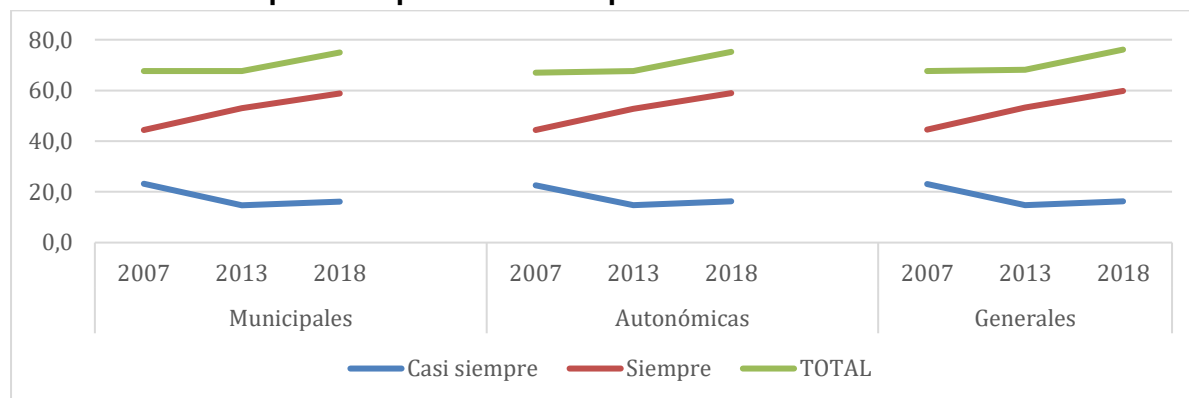
Gráfico 2.5. No participan razón de interés o utilidad



Fuente: Encuestas FOESSA 2007, 2103 y 2018.

La movilización electoral, identificada en las categorías *siempre participa* o *casi siempre*, tiene un comportamiento diferente entre sí. El porcentaje de personas que manifiesta participar casi siempre es bastante similar para el periodo 2007-13, sufriendo un incremento en la etapa 2013-18. Sin embargo, en lo referido a la ciudadanía que siempre participa, es observable un incremento constante en toda la serie. El resultado acumulado muestra un incremento global de la participación electoral en todo el periodo.

Gráfico 2.6. Participan siempre o casi siempre



Fuente: Encuestas FOESSA, 2007, 2013 y 2018.

Estas dinámicas ponen de manifiesto, en esta etapa en la que se han sucedido los fenómenos de crisis, intensificación de las situaciones de corrupción, el conflicto territorial, etc., que la actitud de la sociedad ha sido más proactiva en relación a la participación electoral.

Nos centramos ahora en el análisis de la participación electoral teniendo en cuenta la relación integración/exclusión. En las siguientes tablas, que nos aportan información comparativa 2003-2018 sobre la frecuencia de participación en elecciones de personas según niveles de exclusión, podemos apreciar cómo, a nivel general, existe una mayor disposición a participar y se reducen las posiciones pasivas. Esta tendencia puede percibirse tanto en las elecciones municipales, como en la autonómica y generales y es destacable en todas las categorías.

En lógica con lo anterior se reduce el porcentaje de ciudadanos y ciudadanas que no participan, especialmente el de aquellos que no lo hacen de modo voluntario (por no estar interesados o creer que no sirve para nada). Sin embargo, en términos globales se incrementa el porcentaje de ciudadanos que no participan por no tener derecho a ello en todas las categorías, excepto, paradójicamente, en la de población en situación de exclusión severa. Por grupos el incremento más relevante de la disposición a participar se da entre las personas en situación de exclusión severa y exclusión moderada, seguidas de las personas consideradas como integradas. El impacto menos relevante se produce en las personas en situación de integración precaria.

Tabla 2.4. Frecuencia con la que participa en las elecciones municipales por intervalos de integración/exclusión 2013 y 2018

	Municipales							
	Integrado		Integración precaria		Exclusión moderada		Exclusión severa	
	2013	2018	2013	2018	2013	2018	2013	2018
Nunca por no tener edad	0,7	0,8	0,8	1,3	1,0	1,6	1,9	0,5
Nunca por no tener derecho a voto	1,4	2,1	6,0	8,1	10,6	11,2	15,9	12,5
Nunca porque no me interesa	2,0	0,8	7,3	5,7	14,4	12,1	18,2	14,1
Nunca porque no sirve para nada	1,6	0,4	5,3	4,5	10,0	9,3	8,7	5,8
En algunas ocasiones	12,7	8,5	11,6	9,5	11,6	12,9	15,6	10,4
Casi siempre	16,1	18,0	14,8	16,4	15,5	10,2	9,9	13,9
Siempre	65,4	69,4	54,1	54,5	36,8	42,7	29,7	42,7

Fuente: Encuestas FOESSA 2013 y 2018.

Tabla 2.5. Frecuencia con la que participa en las elecciones autonómicas por intervalos de integración/exclusión 2013 y 2018

	Autonómicas							
	Integrado		Integración precaria		Exclusión moderada		Exclusión severa	
	2013	2018	2013	2018	2013	2018	2013	2018
Nunca por no tener edad	0,7	0,8	0,7	1,3	1,1	1,6	1,9	0,5

Nunca por no tener derecho a voto	1,7	2,3	6,6	8,4	12,1	11,7	16,7	12,9
Nunca porque no me interesa	2,1	0,6	7,2	5,4	13,7	11,5	17,7	14,0
Nunca porque no sirve para nada	1,8	0,4	5,1	4,4	10,0	9,4	8,5	6,1
En algunas ocasiones	12,2	8,2	11,2	9,4	11,1	11,9	15,9	9,5
Casi siempre	16,6	17,9	14,9	16,7	15,3	10,8	9,6	14,0
Siempre	64,9	69,7	54,2	54,3	36,6	43,0	29,6	43,0

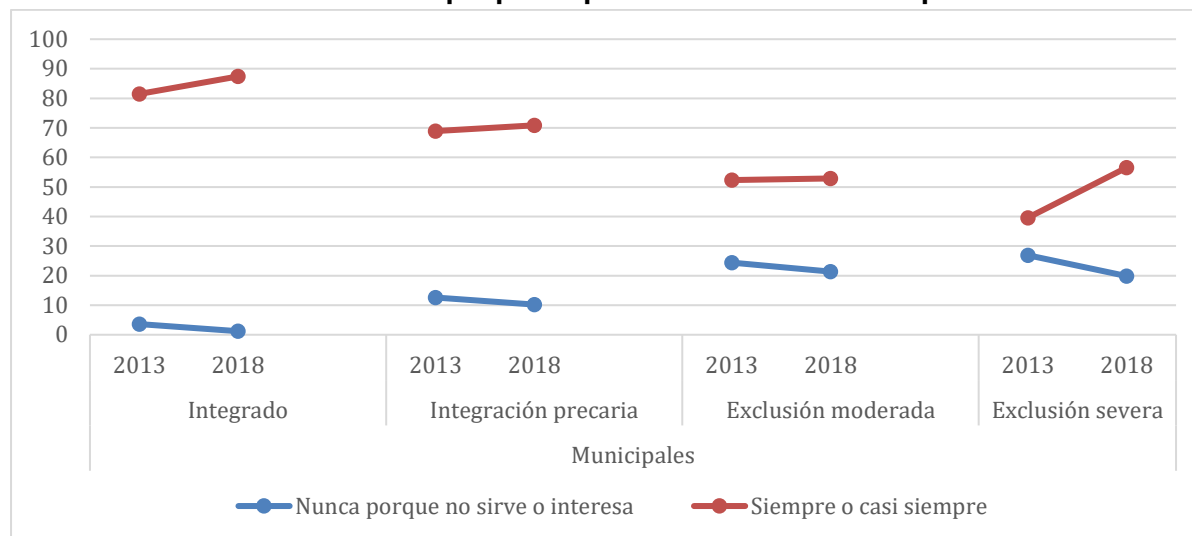
Fuente: Encuestas FOESSA, 2013 y 2018.

Tabla 2.6. Frecuencia con la que participa en las elecciones generales por intervalos de integración/exclusión 2013 y 2018

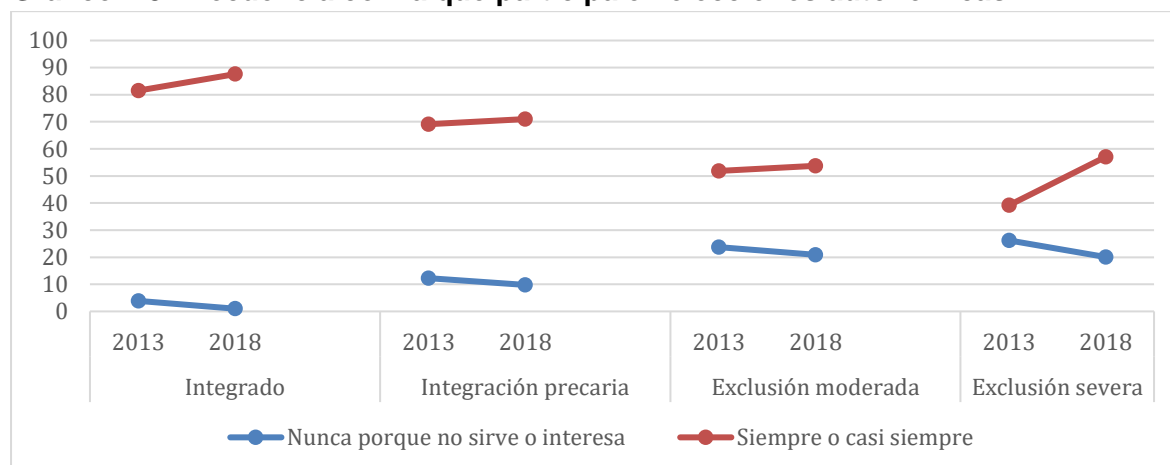
	Generales							
	Integrado		Integración precaria		Exclusión moderada		Exclusión severa	
	2013	2018	2013	2018	2013	2018	2013	2018
Nunca por no tener edad	0,7	0,9	0,7	1,2	0,4	1,6	1,4	0,3
Nunca por no tener derecho a voto	2,1	2,2	6,7	8,5	12,1	11,7	17,2	13,1
Nunca porque no me interesa	1,4	0,6	7,1	5,2	13,7	14,2	16,8	13,5
Nunca porque no sirve para nada	1,6	0,2	5,2	4,4	9,9	9,0	8,7	5,9
En algunas ocasiones	11,9	7,5	11,1	8,1	10,7	9,2	15,1	9,1
Casi siempre	16,7	17,7	14,6	17,0	15,2	11,4	9,8	14,1
Siempre	65,5	70,8	54,5	55,6	37,9	42,9	30,9	44,0

Fuente: Encuestas FOESSA 2013 y 2018.

Este efecto de intensificación de la participación de las personas en situación de exclusión puede percibirse mejor en los siguientes gráficos, en los que hemos agrupado las categorías *nunca porque no sirve para nada* y *nunca porque no interesa* por un lado y las categorías *siempre* y *casi siempre*. En los mismos, podemos apreciar cómo la distancia entre ambos grupos, marcada por los puntos de inicio (2013) y final (2018) de las rectas para cada situación, tiende a ensancharse en todos los casos, mostrando una intensificación de la disposición a participar. Este ensanche es especialmente intenso para la categoría *exclusión severa* y también, aunque menor, para la categoría *integrado*.

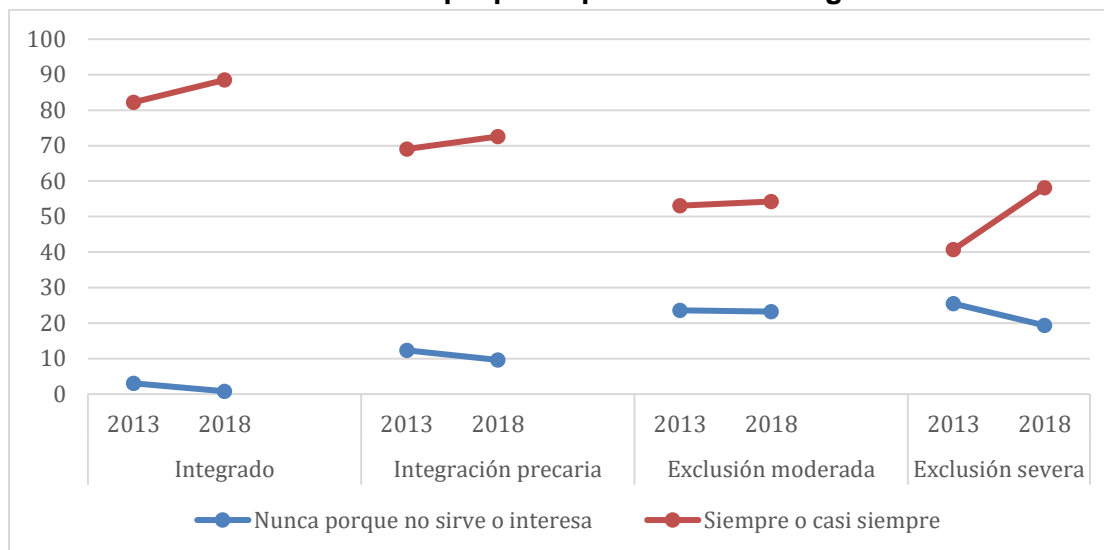
Gráfico 2.7. Frecuencia con la que participa en elecciones municipales

Fuente: Encuestas FOESSA 2013 y 2018.

Gráfico 2.8. Frecuencia con la que participa en elecciones autonómicas

Fuente: Encuesta FOESSA 2013 y 2018.

Gráfico 2.9. Frecuencia con la que participa en elecciones generales

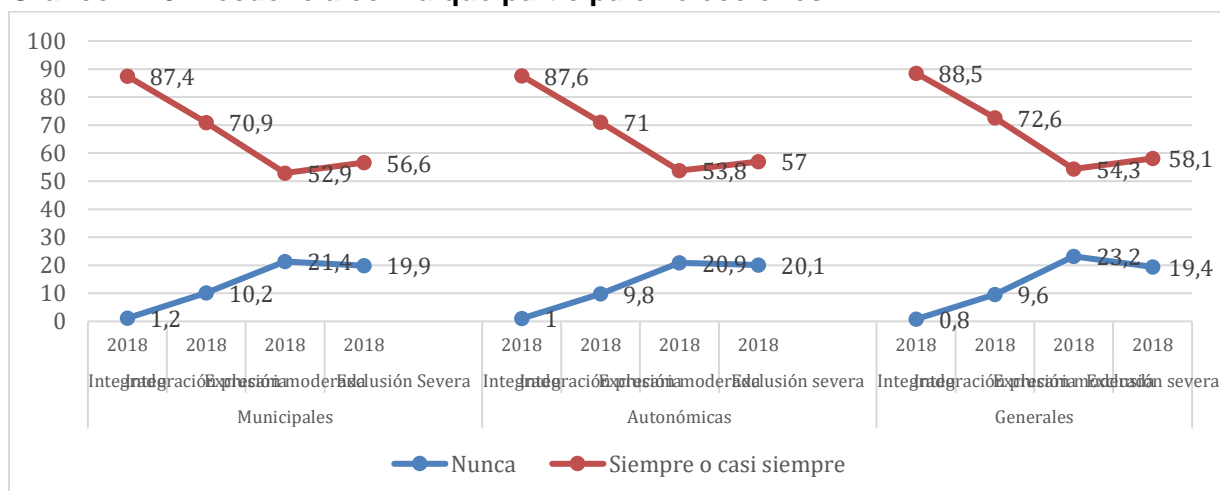


Fuente: Encuestas FOESSA 2013 y 2018.

No obstante, si analizamos en términos comparativos los gráficos anteriores es apreciable que existe una gran distancia en la disposición a participar en elecciones según el grupo de población en el que se esté. Se puede apreciar cómo la *población integrada* participa, en términos relativos, más de un 60 % más para todos los comicios, respecto a aquella en situación de *exclusión severa*.

Observando el gráfico 2.10 se aprecia que a mayor nivel de integración existe un mayor nivel de participación electoral. Las caídas más acusadas de participación se producen en el tránsito de situaciones de *integración a integración precaria*, y de esta a *exclusión moderada*. Mientras que es en las situaciones de *exclusión moderada y exclusión severa* en las que se produce un equilibrio con un ligero balance superior de las segundas.

Gráfico 2.10 Frecuencia con la que participa en elecciones



Fuente: Encuesta FOESSA 2018.

Si recurrimos a la variable personas en situación de *extrema pobreza* se constatan también las dos tendencias señaladas, tanto en las comparaciones de participación entre 2013 y 2018, como en las comparaciones entre personas que están en esta situación y personas que no lo están. De un lado se observa un incremento en la tendencia global de participación en los dos grupos en 2018 respecto a los datos de 2013. De otro se mantiene una apreciable distancia en la disposición a la participación electoral entre las personas pobres y no pobres que votan *siempre* o *casi siempre*: de 21,6 puntos en el caso de las elecciones generales, 21,3 puntos en la autonómicas y 21 puntos en el caso de las municipales.

Tabla 2.7. Frecuencia con la que participa en las elecciones municipales, autonómicas y generales, según su situación de pobreza extrema, 2013 y 2018

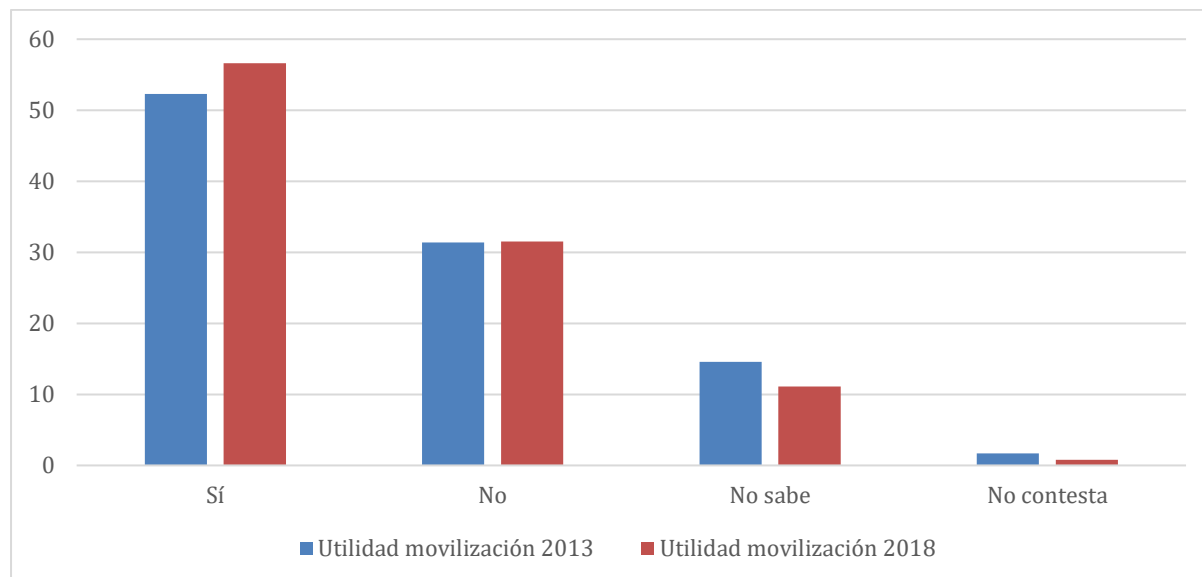
	Municipales				Autonómicas				Generales			
	2013		2018		2013		2018		2013		2018	
	No	Si	No	Si	No	Si	No	Si	No	Si	No	Si
No contesta	1,7	1,6	0,0	0,0	1,6	1,6	0,0	0,0	1,7	1,6	0,0	0,0
Nunca por no tener edad	0,8	2,3	0,7	3,2	0,8	2,3	0,7	3,2	0,7	1,6	0,7	3,0
Nunca por no tener derecho a voto	5,2	14,8	5,3	16,1	6,0	15,1	5,6	15,9	6,1	15,1	5,6	15,9
Nunca porque no me interesa	6,8	13,5	4,3	10,1	6,7	13,2	4,0	10,1	6,3	12,5	4,1	9,7
Nunca porque no sirve para nada	4,7	6,2	2,9	4,7	4,7	6,2	2,9	4,9	4,7	6,2	2,8	4,4
En algunas ocasiones	12,0	15,6	9,6	9,7	11,6	15,8	9,3	9,7	11,4	15,1	8,0	9,7
Casi siempre	14,9	10,9	16,8	15,0	15,0	10,9	17,1	13,7	14,9	11,2	17,2	14,8
Siempre	53,8	35,1	60,4	41,2	53,6	34,8	60,4	42,5	54,1	36,7	61,6	42,4

Fuente: Encuestas FOESSA, 2013 y 2018.

2.1.4. Movilización

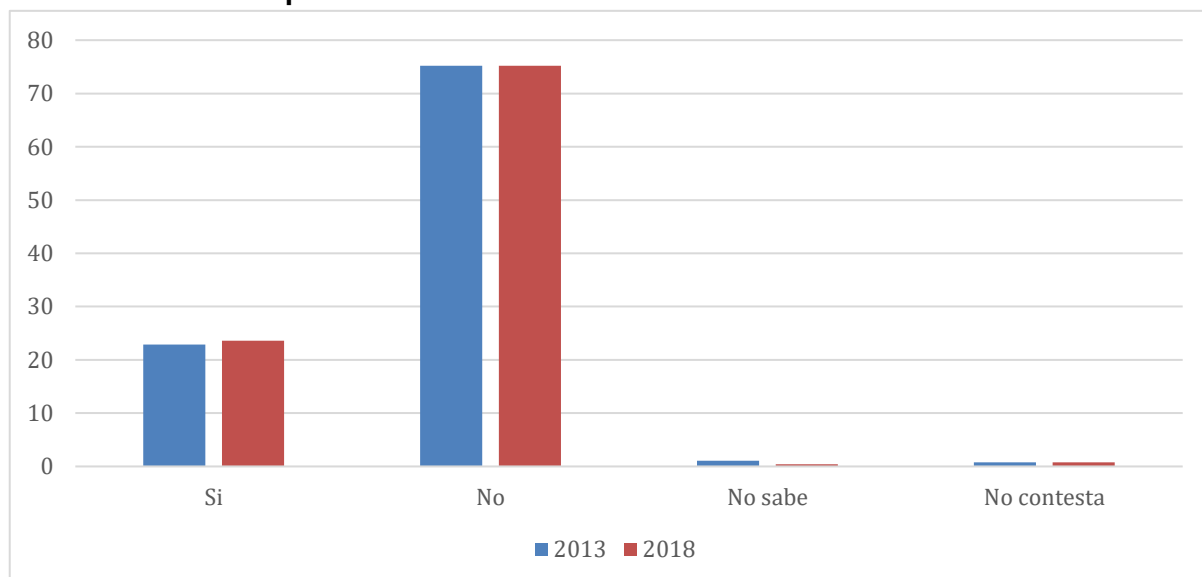
Otro elemento de interés en relación a las disposiciones es el relacionado con la movilización social. Tres son los aspectos que se abordan en la *Encuesta FOESSA* que pueden interesarnos para el estudio de estos aspectos: la percepción la ciudadanía sobre la utilidad de la movilización social, la participación en movilizaciones sociales durante el último año y la participación en movilizaciones *on line*.

Cerca de dos tercios de la población consideran que las movilizaciones son una herramienta útil para la defensa de los derechos (56,6 %). Durante el periodo 2013-2018 creció la percepción cívica sobre la utilidad de las movilizaciones sociales. Este incremento se produjo fundamentalmente por el posicionamiento de informantes que en la *Encuesta FOESSA 2013* manifestaban no saber o no contestar. El porcentaje de personas que consideran que la movilización no es útil se mantiene prácticamente invariable (31,4% en 2013 – 31,5% en 2018).

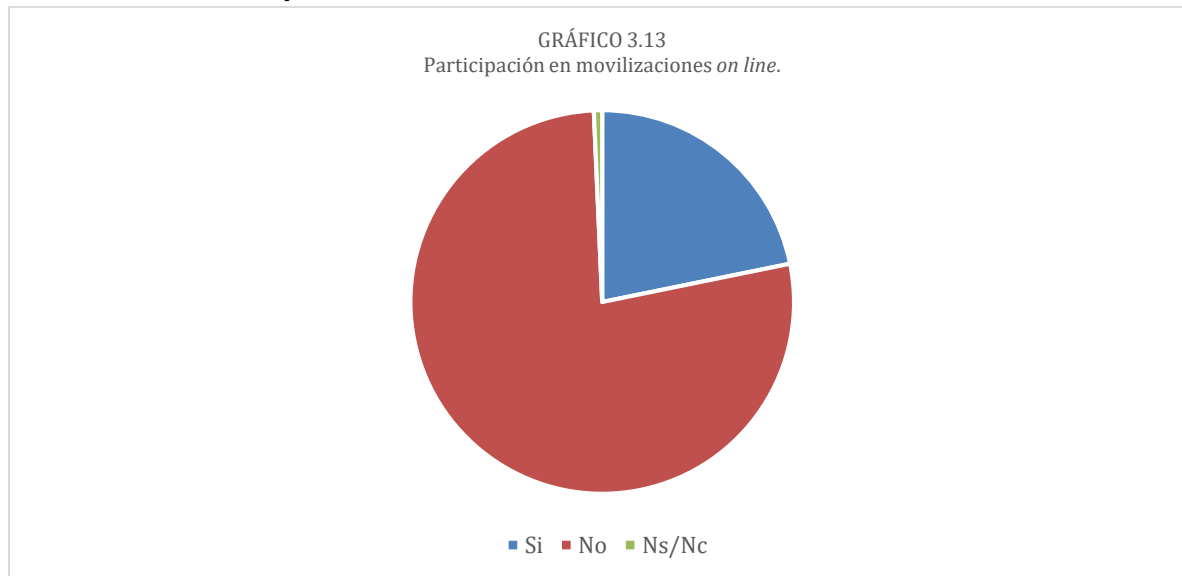
Gráfico 2.11. Utilidad de la movilización

Fuente: Encuestas FOESSA 2013 y 2018.

Sin embargo, el porcentaje de ciudadanos que manifiesta haberse movilizado por algo en el último año continúa siendo bajo (23,6 %), incrementándose apenas siete décimas respecto a 2013. Aunque algo inferior, probablemente como efecto de la brecha digital, es también bastante similar el porcentaje de población que manifiesta participar en movilizaciones *on line* (21,8 %).

Gráfico 2.12. Participación en movilizaciones

Fuente: Encuestas FOESSA 2013 y 2018.

Gráfico 2.13. Participación en movilizaciones *on line*

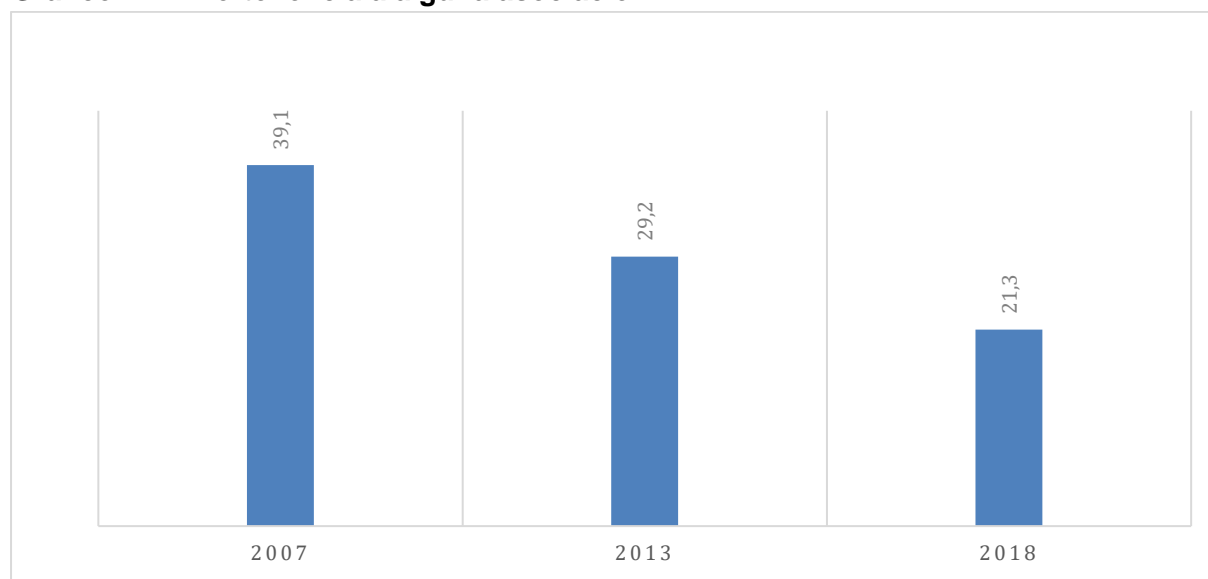
Fuente: Encuesta FOESSA 2018.

Los datos sobre esta cuestión ponen de manifiesto el desequilibrio entre posiciones pasivas y activas en relación a la movilización.

2.2. Asociacionismo y capital social

El VII Informe FOESSA ponía de manifiesto cómo uno de los procesos más visibles de la crisis había sido la reducción de los niveles de participación en asociaciones (periodo 2007-2013). Esto ocurría tras una tendencia previa de incremento de la participación en la etapa anterior a 2007. En dicho informe se apuntaba también el nacimiento de diferentes tipologías de iniciativas, no formalizadas en muchos casos, vinculadas con frecuencia a soportes digitales y orientadas por lógicas de carácter colaborativo. Se señalaba entonces como hipótesis la posibilidad de que estas iniciativas pudieran ejercer de *lanzadera* de nuevos espacios asociativos, especialmente si se daba un escenario de salida de la crisis.

La primera mirada a los datos sobre participación asociativa de *la Encuesta FOESSA 2018* nos permiten afirmar que no se ha producido una recuperación de los niveles de vinculación asociativa previos a la crisis, más bien al revés, los datos ponen de manifiesto la tendencia a la reducción de los niveles de participación, ya de por sí bajos si nos comparamos con el contexto europeo.

Gráfico 2.14. Pertenencia a alguna asociación

Fuente: Encuestas FOESSA 2007, 2013 y 2018.

Esta pérdida de capital asociativo *clásico* es además transversal: aunque con diferente intensidad, se produce en los diferentes tipos de organizaciones, salvo las de carácter ecologista³. Ocurre además que aquellas organizaciones más asentadas, como las de carácter sindical, tienen en esta encuesta una pérdida de volumen asociativo menor, en parte porque tuvieron un descenso más intenso en etapas anteriores.

Tabla 2.8. Porcentaje de participación según tipología de asociaciones

	2013	2018
Pertenece a alguna asociación	29,2	21,3
Religiosa	10,3	9,7
Sindicato	6,4	6,1
Partido político	4,3	3,1
Ecologista	0,4	3,1
Vecinal	6,7	4,2
De mujeres	4,8	2,8
De jóvenes	3,5	1,8
De mayores	5,6	3,2
Educativa	5,1	3,7
Cívico sociales	10,4	10,3

Fuente: Encuestas FOESSA 2013 y 2018.

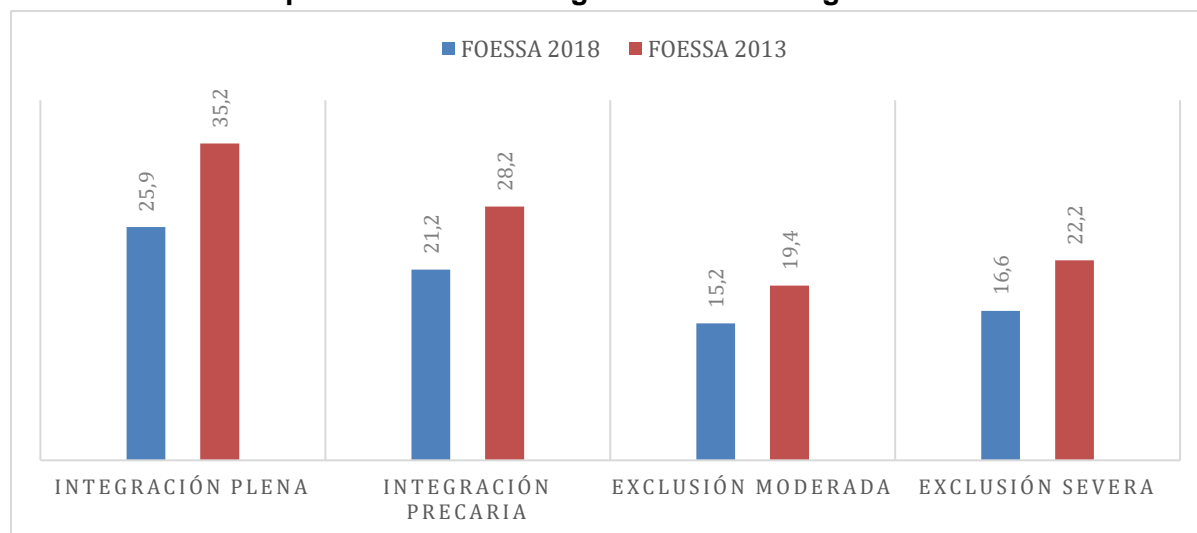
Los datos de asociacionismo parecen indicar que, más que una transición de formas de participación clásica a nuevos modos, se está produciendo un cambio de paradigma en las

³ Hemos de apuntar que en la Encuesta FOESSA 2018 se han introducido algunos cambios en lo relativo a la tipología de asociaciones, reduciéndose las opciones respecto a la Encuesta FOESSA 2013 al desaparecer el asociacionismo deportivo.

cuestiones relativas en la participación. Esta idea la retomaremos, buscando conexiones más amplias, en el apartado de conclusiones.

Respecto a la diferenciación en relación a las situaciones de integración/exclusión es apreciable que la pérdida de capacidad asociativa aparece en todas las categorías, si bien es comparativamente más intensa en las categorías *integración plena* y *exclusión severa*.

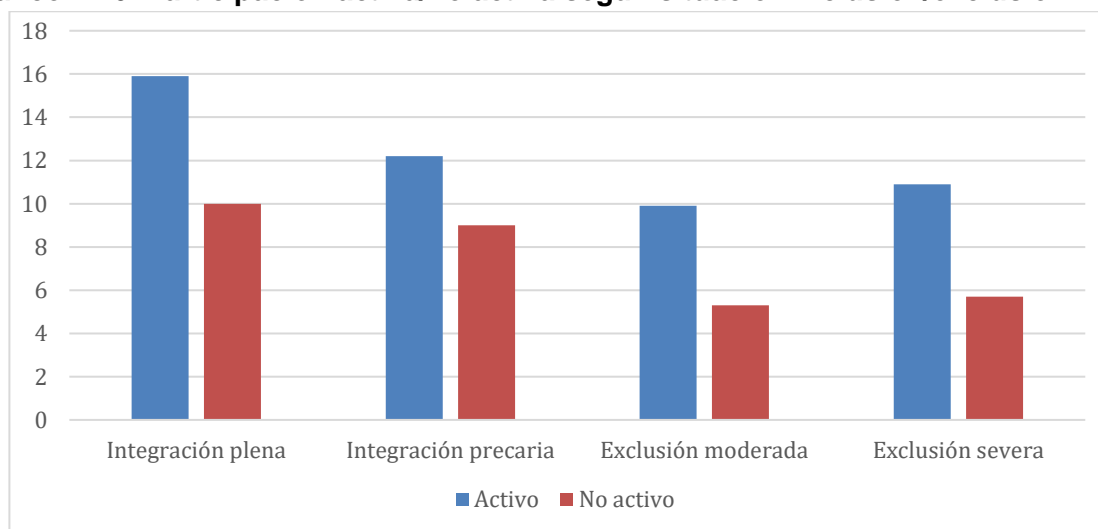
Gráfico 2.15. Participación asociativa según situación integración/exclusión



Fuente: Encuestas FOESSA, 2013 y 2018.

Además, diferenciando la participación pasiva (mera inscripción o afiliación) de la activa (presencia), estas mismas categorías son las que pierden mayor proporción de participación activa, especialmente la población en situación de exclusión severa.

Gráfico 2.16. Participación activa/no activa según situación inclusión/exclusión



Fuente: Encuesta FOESSA 2018.

Finalmente, en la diferenciación de los niveles de asociacionismo según situación de pobreza nos encontramos con que solamente una de cada tres personas asociadas está en situación de pobreza. Más de la mitad el 59 % del asociacionismo activo es realizado por personas *no pobres*, así como el 75 % del asociacionismo de carácter no activo.

Gráfico 2.17 Asociacionismo, asociacionismo activo y asociacionismo no activo



Fuente: Encuesta FOESSA 2018.

3. Conclusiones

Como pórtico de este apartado podemos señalar que, en una mirada de conjunto de los datos que nos aporta la *Encuesta FOESSA*, es apreciable una cierta consolidación/resistencia de la capacidad generadora de dinamismos de capital social en los espacios de relación primaria, especialmente de la familia y los amigos. Como segunda dinámica se produce un refuerzo del ámbito laboral como generador de relaciones capitalizadoras; sin duda ha contribuido a ello la mejora del mercado laboral. Como reverso a esto es observable una intensa reducción en lo relativo a las relaciones vecinales y, especialmente, en el ámbito de la participación social y política.

La crucialidad de la familia y amigos como la primera comunidad de solidaridad ha permanecido desde la finalización de la crisis. Las personas nos seguimos capitalizando socialmente a través de vínculos próximos, con las que mantenemos relaciones de confianza y afecto. Los conflictos y el malestar no han aumentado a pesar de la exigencia y sobrecarga de apoyo y cuidados que la crisis impuso a las relaciones primarias. Se produce un proceso de recapitalización en el ámbito del empleo, recuperándose compañeros de trabajo y relaciones frecuentes con éstos. En este contexto, las redes familiares y comunitarias primarias resisten admirablemente, y siguen siendo un soporte fundamental ante las dificultades.

Hasta aquí las fortalezas y las oportunidades. Sin embargo, en el contexto actual se apuntan también fragilidades y amenazas. La primera de ellas tiene que ver con la descapitalización

social que se viene produciendo en términos de relaciones primarias con los vecindarios, con los que desciende significativamente la frecuencia de relaciones. Parece como si el estrés y el cansancio que ha dejado en herencia la crisis económica al capital relacional estuviera encontrando un cauce de salida en el espacio más público de las redes personales. Los vínculos primarios parecen encerrarse y restringirse cada vez más a las personas más cercanas y más similares, mientras que se separan y desvinculan de aquellos otros menos próximos, y más diversos y heterogéneos, que encuentran en las relaciones de vecinos y de barrio su expresión no formalizada.

Podemos preguntarnos si la inversión sostenida que siguen asumiendo las relaciones familiares y amicales para mantenerse próximas y saludables, está haciendo difícil sostener también la inversión en relaciones de conexión, vinculación, alianza y participación con otros en el ámbito vecinal. Por otra parte, la crisis económica ha acarreado desigualdades y procesos de dualización social, que estresan los lugares públicos (los barrios, pero también las escuelas, por ejemplo), como esferas de cohesión y capitalización social. Así, el papel de los vecindarios como espacio intermedio y puente entre capital social primario y secundario se debilita.

Es posible que se esté apuntando entonces un elemento más de dificultad para recuperar la brecha existente en nuestro modelo social entre un funcionamiento muy eficiente de las redes primarias, principalmente familia y amistades cercanas, y simultáneamente un rendimiento mucho más bajo en la participación en redes secundarias formalizadas, principalmente en la participación asociativa (Vidal y Jaraíz, 2014; Zubero, 2012).

La segunda de las fragilidades del capital primario está relacionada con las señales de debilitamiento que muestran las redes informales de solidaridad, un agotamiento que persiste desde el final de la crisis. Éste es producto fundamentalmente de un modelo de división del trabajo entre redes informales (fundamentalmente familiares) y formales de ayuda y apoyo, característico de nuestro modelo mediterráneo de bienestar, y agravado por los recortes en políticas sociales durante los años de dificultades económicas.

Un modelo de solidaridad que concibe que los cuidados y los apoyos son el mismo producto que puede ser suministrado por dos proveedores diferentes. Y que obvia que se trata de diferentes procesos y efectos – hay cuidados que solo pueden ser producidos desde la intimidad para generar capital primario, mientras que otros necesitan de relaciones profesionales formalizadas para sostener una comunidad política que se corresponsabiliza en el logro del bienestar común-, que, sin embargo, necesitan ser complementarios para multiplicar la capacidad y el valor agregado compartido (Fantova, 2017).

Un modelo, en definitiva, que lleva a la extenuación a las redes primarias de apoyo y cuidado, y que no tiene visos de reorientarse hacia la senda de esa necesaria complementariedad. La recuperación económica no se ha traducido en un esfuerzo sostenido en la recuperación de los niveles de protección de las políticas públicas previos a la crisis económica, especialmente de aquellas que mejor resguardan a los ciudadanos más expuestos a los riesgos, y que por lo tanto son más vulnerable a procesos de descapitalización relacional (por ejemplo, educación, prestaciones no contributivas, servicios sociales personales, y atención a la dependencia).

Por otro lado, se sostiene la aparente paradoja del subdesarrollo y marginalidad de la política familiar en aquellos regímenes de bienestar más familiaristas que, limitando la intervención del Estado cuando la red familiar falla, en vez de resguardar y dinamizar las relaciones primarias, las sobrecarga y las conduce al límite de sus fuerzas. De acuerdo con el último dato disponible – 2013-, España se sitúa en esfuerzo en política familiar (1,46% del PIB) por debajo de la media de la Eurozona (2,55%) (OECD, varios años). En 2016 el esfuerzo en familia e infancia en relación con el total del gasto público (5,39%) supone un porcentaje menor que al inicio de la crisis (6,18%) (EUROSTAT, varios años).

Por último, los procesos de exclusión en capital primario parecen estar enquistándose, poniendo en entredicho la fortaleza de nuestro capital social. Las personas en situación de pobreza y exclusión se descapitalizan en relaciones primarias en el lustro posterior a la crisis. Están más aislados de las personas con las que conviven en el hogar, la desvinculación con el vecindario es significativamente mayor, tienen más dificultades para relacionarse con compañeros de trabajo, y se reduce su capacidad para apoyar a terceros en dificultades. De esta forma, la extenuación de las relaciones primarias tras un período prolongado de sobre exigencia se hace más evidente en los espacios de la exclusión.

Entendemos que el apuntado debilitamiento de las relaciones en el entorno vecinal tiene a nuestro juicio una conexión directa con las transformaciones en torno a lo que aquí hemos llamado *capital social secundario* (vínculos institucionales y asociativos). En cierto modo, el espacio vecinal es con frecuencia un nexo entre lo primario y lo secundario (asociacionismo de barrios...). El declive de la sociabilidad comunitaria y el de las vinculaciones asociativas comparten, aunque sea parcialmente, un sustrato común.

Los datos de las tres series de la *Encuesta FOESSA* de las que nos hemos valido en este *paper* ponen de manifiesto una dinámica de agotamiento del modelo asociativo en nuestra sociedad. El proceso de caída de la participación en asociaciones que arrancó en 2007, sigue su curso en 2018 y no se detiene a pesar de los signos de recuperación en lo económico. Esta dinámica de desvinculación es más expresiva aún en las organizaciones más clásicas (organizaciones sindicales, partidos, movimientos sociales). En lo relativo al apoyo directo y a la militancia, estos espacios corren el riesgo de convertirse en referentes sociales residuales. Sin embargo, la pérdida no es exclusiva de estas entidades, es una pérdida transversal a todo el tejido cívico.

Por otro lado, el agotamiento de estas entidades no parece haber sido sustituido por otras formas alternativas de acción colectiva, al menos por formatos mínimamente sólidos. Parecen primar dinámicas de retirada cívica guiadas desde tendencias crecientemente individualizadoras y fragmentadoras.

En este sentido, el patrón de comportamiento es bastante paradójico. Los movimientos sociales y partidos políticos pierden *músculo asociativo*, pero la sociedad se muestra más proclive a participar en las citas electorales. Se incrementa la conciencia sobre la utilidad de la movilización social, pero persisten niveles muy bajos de movilización real. Los datos parecen señalar una mutación en la cultura participativa donde pierde peso la presencia permanente en las organizaciones, ya de por sí baja con anterioridad, y ganan peso las presencias más puntuales. Las lógicas reactivas toman fuerza sobre la participación permanente.

Esta mutación ha de ser comprendida en un contexto de desconfianza y/o indiferencia creciente con la democracia. El descrédito de las instituciones democráticas es un factor acelerador y fuertemente erosionador de las concepciones de lo común en nuestras sociedades.

Si nos detenemos en el análisis desde la diferenciación de situaciones de integración/exclusión, podemos avanzar que este proceso parece ser bastante transversal y parece afectar a todos los grupos, si bien en diferente proporción. Las personas en situación de integración son las que tienen mayores niveles de satisfacción con la democracia, de participación electoral y asociativa. Mientras, aquellas personas en situación de exclusión severa presentan los mayores niveles de desafección. Los perfiles integración precaria y exclusión moderada parecen mostrar en esta encuesta un comportamiento bastante similar en términos generales.

En lo relativo a la diferenciación entre personas pobres persiste también la tendencia erosiva, si bien afecta de modo más intenso a las personas en situación de pobreza respecto a aquellas que no lo están.

4. Referencias bibliográficas

- ALIENA, R. (2012): “Regímenes de bienestar y política social por otros medios: un marco analítico”, *Comunitaria. Revista Internacional de Trabajo Social y Ciencias Sociales*, julio, n.º 4, pp. 9-42.
- ALFAMA, E; CRUELLES, M y EZQUERRA, S. (2014). *Envejecimiento y crisis. Impactos de la crisis económica en las personas mayores en el Estado español*, Documento de Trabajo 5.9, VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España. Accesible en: http://www.foessa2014.es/informe/uploaded/documentos_trabajo/15102014111412_9796.pdf. Madrid: Fundación FOESSA.
- ALZUEGAI, S. (2010). “Investigating the role of social capital in innovation: sparse versus dense network”. *Journal of Knowledge Management*, nº. 14 (6), pp. 891-909.
- BLOMKVIST, H. (2000). *Social Capital, Associations, and Political Competition*. Paper for ECPR Joint Workshops.
- BOURDIEU, P. (1986). “*The forms of Capital.*” En Richardson, J.G *Handbook of theory and research for the sociology of education*, pp. 240-268, New York: Greenwood
- CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS (2016). *Estudio 2663*. Accesible en http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/2660_2679/2663/
- CÓMITE TÉCNICO DE LA FUNDACIÓN FOESSA (2017). “Las redes de protección de los hogares y las familias en la poscrisis”, en Comité Técnico de la Fundación FOESSA, coord., *Desprotección social y estrategias familiares*, pp. 3-22. Madrid: Fundación FOESSA.
- Gómez Serrano, P.J. (2011). “*Crisis socio-económica y voluntariado.*”. *Documentación Social*, 160, pp. 43-69.
- DEL MORAL, L. (2013). *Espacios comunitarios, bienestar y sostenibilidad de la vida: estudio de caso sobre bancos de tiempo en un contexto europeo*. Tesis Doctoral.
- EUROSTAT (varios años). *European system of integrated social protection statistics (ESSPROS)*. Accesible en <http://ec.europa.eu/eurostat/web/social-protection/overview>.
- FANTOVA, F. (2017). “El apoyo al cuidado familiar en la normativa de servicios sociales”. *Revista Políticas Sociales en Europa*, número doble 38-39, pp. 31-49.
- FLAQUER, L. (2004). “*La articulación entre familia y el estado del bienestar en la Europa del sur.*”. *Papers*, nº. 73, pp. 27-58.
- LAPARRA, M. y PÉREZ, B., cords. (2012): *Crisis y fractura social en Europa. Causas y efectos en España*, Barcelona: Fundación «La Caixa».
- LAPARRA, M., coord. (2014). “La fractura social se ensancha: intensificación de los procesos de exclusión en España durante 7 años”, en Lorenzo, F. (coord.), *VII Informe sobre*

exclusión y desarrollo social en España, pp. 151-255. Madrid: Fundación FOESSA. Accesible en http://www.foessa2014.es/informe/uploaded/capitulos/pdf/03_Capitulo_3.pdf.

LASHERAS, R. y MARTÍNEZ, L. (2013). "Crisis concatenadas: impactos de la recesión en las condiciones de vida". *Revista Inguruak*, nº 53-54, pp. 682-693.

MARTÍNEZ, L. y GARCÍA, L. (2012). "La transformación de las condiciones de vida de los hogares: privación material, derechos sociales y modelos de convivencia", en Laparra, M. y Pérez, B., *Crisis y fractura social en Europa. Causas y efectos en España*, Colección Estudios Sociales 35, pp. 106-138. Barcelona: Fundación La Caixa. Accesible en https://multimedia.caixabank.es/lacaixa/ondemand/obrasocial/pdf/estudiossociales/vol35_es.pdf

MARTÍNEZ, L. (2014). *Crisis en familia Síntomas de agotamiento de la solidaridad familiar*, Documento de Trabajo 3.7, VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España. Accesible en: http://www.foessa2014.es/informe/uploaded/documentos_trabajo/15102014151608_2582.pdf. Madrid: Fundación FOESSA.

MARTÍNEZ, L. (2017). "La crisis se lleva la capacidad de resistir de muchas familias en España", en Comité Técnico de la Fundación FOESSA, coord., *Desprotección social y estrategias familiares*, pp. 23-28. Madrid: Fundación FOESSA.

MEIL, G. (2011). *Individualización y solidaridad familiar*, Barcelona: Fundación «La Caixa».

MIRANDA, F., & MONZÓ, E. (2003). *Capital social, estrategias individuales y colectivas: el impacto de programas públicos en tres comunidades campesinas de Chile*. Santiago de Chile: CEPAL

MORENO, L. y MARÍ-KLOSE, P. (2013). "Youth, family change and welfare arrangements. Is the South still so different? *European Societies*, vol.15, nº 15, pp. 493-513.

MOTA, R. y FANTOVA, F. (2014). *Relaciones familiares y comunitarias (primarias) como parte del capital social: Con especial referencia a los cuidados*, Documento de trabajo 7.1, VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España. Accesible en: http://www.foessa2014.es/informe/uploaded/documentos_trabajo/15102014091519_7528.pdf. Madrid: Fundación FOESSA.

OMSTROM, E & AHN, T. K. (2003). "A social science perspective on social capital: social capital and collective action", Workshop in Political Theory and Policy Analysis. Indiana: Indiana University.

OECD (varios años). *Family Database*. Accesible en <http://www.oecd.org/els/family/database.htm>.

PORTES, A. (1998). "Social Capital: Its Origins and applications in Modern Sociology", *Annual Review of Sociology* 22:1-24.

PRANDINI, R. (2007). «Family's social capital: definition, measurement and subsidies», *Sociologia e Politiche Sociali*, vol. 10, nº 1 (2007), pp. 41-74.

PUTNAM, R. D. (1993). "The Prosperous Community: Social Capital and Public Life", *The America Prospect* 13 (spring):35-42

PUTNAM, R (2011). *Para que la democracia funcione. Las tradiciones cívicas en la Italia moderna*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

VIDAL, F. *et al.* (2011). «La fortaleza de la familia como pilar ante la crisis socioeconómica», en Fundación Encuentro, *Informe España 2011. Una interpretación de la realidad social*, Madrid, pp. 182-236.

VIDAL, F. y JARAIZ, G., coord. (2014). "Capital social y cultural en España", en Lorenzo, F. (coord.), *VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España*, pp. 452-532. Madrid: Fundación FOESSA.

ZUBERO, I. (2012): «Capital social», en Eustat (INSTITUTO VASCO DE ESTADÍSTICA), *Informe socioeconómico de la Comunidad Autónoma de Euskadi*, Vitoria-Gasteiz: Gobierno Vasco, pp. 247-279.

ZUCKER, L. G. (1986). "Production of trust: Institutional sources and economic structure", *Research in Organizational Behavior*, vol. 8.